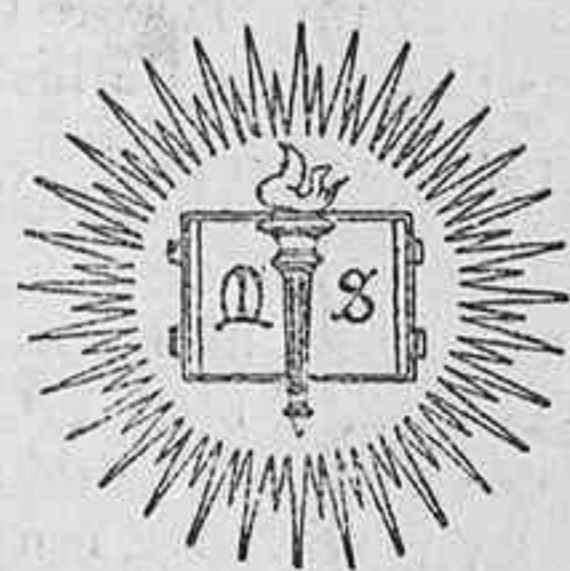


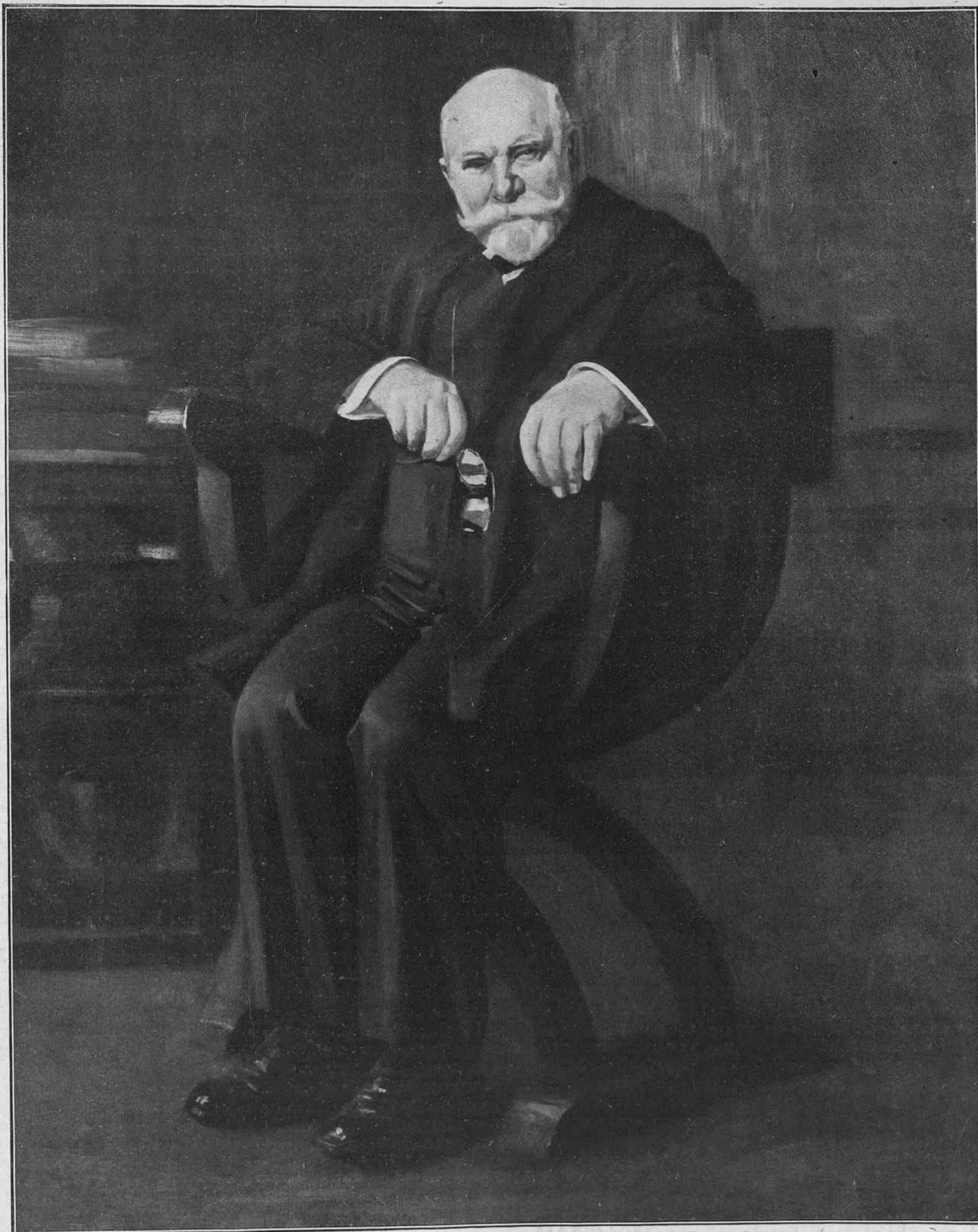
La Ilustración Artística



AÑO XXXI

BARCELONA 16 DE SEPTIEMBRE DE 1912

NÚM. 1.603



RETRATO DEL PROFESOR NEUSCHULER, obra de Salvador Sánchez Barbudo

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Traje de novia*, cuento de Carlos Foley. — *Los picos de Europa*. — *Altar gótico catalán*. — *La catástrofe de la mina de la Clarence*. — *El emperador Guillermo II de Alemania en Suiza*. — *Viena. El XXIII Congreso Eucarístico Internacional*. — *Málaga. Homenaje a tres poetas*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades catalanas*. — *Málaga. Los festejos de agosto. El Coso Iris*. — *Un concurso original entre gúlas alpinos*.

Grabados.—*Retrato del profesor Neuschuler*, obra de Salvador Sánchez Barbudo. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Traje de novia*. — *Altar gótico catalán*, obra de Renart y C.^a — *Los picos de Europa* (lámina). — *Catástrofe en la mina de la Clarence* (cinco fotografías). — *El emperador Guillermo II en Suiza* (cinco fotograbados). — *Una boda en los Abruzzos; Regreso del campo*, cuadros de Francisco P. Michetti. — *La cigarra*, cuadro de Penot. — *Viena. XXIII Congreso Eucarístico*. — *El cardenal Von Rossum*. — *Málaga. Sesión literaria en el teatro Cervantes*. — *Actualidades catalanas* (cinco fotografías). — *Málaga. Los festejos de agosto. El Coso Iris* (seis fotograbados). — *Un concurso original entre gúlas alpinos* (dos fotograbados).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entran a veces en el radio de la vida contemporánea evocaciones del pasado. Y una muy sugestiva acabo de tener, con ocasión de haber recibido el primer tomo de la obra de Gabriel Maura, *Carlos II y su Corte*. ¡Y qué pasado el que resurge! El más sombrío; el que caracteriza a la España negra, alumbrada con ráfagas rojas por las hogueras inquisitoriales; el de los disciplinantes de ensangrentadas espaldas y los encapuchados cuyos ojos fulguran al través de los agujeros del capuz, el de los posesos, satánicos y energúmenos; el de las brujas cabalgando en escobas, frotadas de fríos unguentos y saliendo por el cañón de la chimenea; el de los terrores sobrenaturales y los hechizos que secan las fuentes de la vida... Y lo grato, para mí, de este libro—que no es sino el comienzo de una obra en tres tomos, o acaso más, pues tela hay cortada—es que se ve en él el propósito de reducir a sus justas proporciones la leyenda, y desmentir, documentalmente, el novelón de una nación entera dominada por la superstición, embrutecida por el fanatismo, y temblando ante las visiones infernales. Del tomo que acabo de leer, y que abarca más de 600 páginas, se desprende que, a fines del siglo XVII, mejor dicho en su último tercio, existía en España una opinión pública, que se exteriorizaba como podía, a falta de prensa, por medio de canciones, de pasquines, a veces de asonadas; que veía bastante claro en los asuntos pendientes; que se inspiraba en un patriotismo lleno de sentido práctico; que derrocaba, con su fuerza sorda, validos, magnates, confesores de reinas, ensoberbecidos príncipes; que estigmatizaba la ineptia y el cohecho; que no tenía reparo en juzgar hasta los actos de los reyes, y les recordaba, en frase severísima, sus deberes y sus yerros, gritando a Felipe IV, llamado el Grande por la adulación, que era grande a la manera del hoyo, que cuanto más le quitan, más grande es...

No cabe dudar que, de todos modos, en aquel período se consumó nuestra decadencia, ni menos que Carlos II fuese, si no precisamente el «miserico indio» de que habla Núñez de Arce, al menos un caso positivo de degeneración; mas no se deduce de ello que la nación entera adoleciese de incapacidad. Sobradas pruebas dió de su persistente energía, en medio de adversidades y desaciertos; y lo contrario sería bien singular.

Lo indudable es que, en el siglo XVII, precedieron a España en el camino de los «hechizos» otras naciones. Michelet, que no es por cierto un historiador amigo de España, antes al contrario, declarado y rabioso hispanófilo, dedica largos capítulos de su *Historia de Francia* al estudio de los terrores del otro mundo, como síntoma especial de la época, en el suelo francés. Desde fines del XVI, el diablo interviene en los asuntos de la corte de Francia; aparece «el cazador negro» anunciando grandes males, o retorciendo el cuello a la condestable de Montmorency; y los casos de posesión diabólica abundan. Con la casa de Médicis, con los favoritos italianos, hace su entrada triunfal en Francia el veneno, que tanto papel ha de representar en la historia, durante todo el siglo XVII. Michelet explica el estado moral de Francia, a la muerte de Enrique IV, por tres palabras: «sortilegios, conventos, casuística». Y las tres palabras son una sola, añade: «esterilidad».

Renace el sábado, el aquelarre de la Edad Media pero más impío; los súcubos y los incubos pululan. La sortería, que fué como una moda en España, es en Francia indígena—sigo tomando estas noticias de Michelet—. Los Parlamentos, ni más ni menos que la Inquisición, queman vivos o estrangulan antes de quemarlos a los hechiceros. Conventos enteros de monjas posesas aparecen regidos en sus extravíos

por los Gaufrido y los Grandier, y es difícil catalogar los horrores de estos procesos. En cuanto a los venenos, no fué Madrid, fué París el que sufrió la dictadura de Locusta.

Pensando en todo ello, cuesta trabajo comprender por qué hemos de tener la exclusiva de ciertos terrores, y hemos de pasar por la nación embrujada, demoníaca. Hablando un día con Gabriel Maura, en Madrid, de sus propósitos de historiar esta época tan curiosa, le manifesté mi convencimiento de que, a pesar de la aparente severidad y aspecto monástico de D.^a Mariana de Austria—¡vaya usted a saber!—, el reinado de su hijo no fué tan fúnebre como supone la leyenda. Y me fundaba, para emitir esta opinión, en dos testimonios de arte: un retrato de Carlos II con galas militares, muy bizarro de plumas, que vi en posesión del duque de Osuna, en Biarritz, y un cuadro de la colección Traupmann, que presenta a Carlos II entregado a muy ameno recreo, en un jardín deleitoso. No todo pueden ser sombras y betún en la vida de un rey que al fin ha tenido mocedad, aunque tan lacia y marchita como aparece la de Carlos II. Sin embargo, no quisiera extremar esta suposición de horas plácidas en la vida de un *Hechizado*. Podremos hablar con mayor seguridad, el día en que acabe de ver la luz la obra de Maura, sin duda llamada a disipar muchas nieblas y a esclarecer no pocos puntos dudosos.

Lo que nadie negará, es la decadencia física de la dinastía austriaca, que culmina en Carlos II. Viene de muy atrás la herencia morbosa; procede ya de los Trastamaras, y toma forma de vesania en Isabel de Portugal y en Juana de Castilla.

El equilibrio, la sanidad mental de Isabel la Católica constituyen una venturosa excepción, pero abundan los melancólicos y los hipocondríacos que, como Carlos V, en lo mejor de la vida sienten la tentación de renunciar a todo, el impulso nihilista del reposo—no otra cosa era el sentimiento confesado por el César a San Francisco de Borja, y que años más tarde contribuyó a llevarle a Yuste—. La misma tendencia parece observarse en Felipe II, aun cuando no sabemos que anduviese en ello la epilepsia, y las tristezas ascéticas del Escorial bien valen los funerales en vida de Yuste, leyenda probablemente sin fundamento positivo, según piensan los historiadores, pero que emblematiza esa preocupación mortuoria, esa esplenética idea tan semejante a locura bien definida ya. Porque el pastor de pueblos, el monarca, no tiene derecho a tales desasientos ni a tales contemplaciones solitarias y mortuorias, y seguramente la gran Isabel, que nunca pensó en retiros, sino sólo en la tarea de gobernar a sus súbditos, era más santa, más grata a los ojos de Dios, que Felipe II en su huraña retiro, y que el piadoso e indolente Felipe III, entregando en manos de los validos el poder real. Ya en la progenie de Felipe IV, la frecuente insania había tomado otro aspecto: no era sólo el espíritu lo que padecía: era el cuerpo lleno, como dice Maura, de degeneraciones, lacras y miserias fisiológicas. Este agotamiento de las fuerzas físicas suele decirse que descubre el cansancio de las razas. No encuentro en este concepto bastante claridad. Todos lo hemos repetido, y es preciso confesar que nos fuera más difícil explicarlo satisfactoriamente. Tratándose de razas reales, compuestas de individuos que satisfacen ampliamente sus necesidades materiales, que están colocados en mejores circunstancias que los demás, creyérase, al contrario, que pudiesen afianzarse en ellas los caracteres de la robustez y el vigor orgánico. Ni aun, en el hecho de Carlos II, cabe decir que la vida sedentaria y encerrada entre cuatro paredes de sus ascendientes más próximos, ociosos y eslavizados por la etiqueta, influyese en su congénita flaqueza física. Lo mismo Felipe III que Felipe IV, fueron grandes cazadores ante el Señor, como el Nemrod de la Escritura, y anduvieron tanto al aire libre, que a las intemperies y rigores del clima se achaca el padecimiento que llevó a Felipe IV al sepulcro. Más que el cansancio vital de la estirpe pudiera, pues, imputarse la debilidad de los vástagos de la dinastía austriaca a los enlaces consanguíneos, fáciles de observar en el árbol genealógico de Carlos II que Maura nos ofrece; y, en el caso especial del último Austria, al estado de salud de su padre cuando lo engendró; bien es verdad que los hermanos del *Hechizado*, engendrados antes, ya habían sucumbido a dolencias a veces sin nombre, o en la primera niñez, o en la flor de la vida, como el príncipe Baltasar Carlos. Tal vez estas decadencias de una familia real sean del número de las infinitas cosas que la ciencia no ha conseguido descifrar aún.

Lo cierto es que el problema de España y de Europa, a fines del siglo XVII, fué el estado sanitario de aquel pobre párvulo que vemos en las páginas

de Maura arrastrar, enclenque, una lánguida centella de vida, sostenido bajo los sobacos, por medio de cordones para que no se caiga, escondiendo bajo el bonetillo las llagas de las orejas, tan débil que corre la conseja de que es niña, y no niño, y que media superchería para asegurar la paz del mundo y la seguridad de España.

En el tomo que tengo a la vista, no se trata sino de los primeros años del reinado infeliz. Más que del reinado, habría que decirse de la regencia; y tampoco Mariana de Austria, en el poder, ha dejado alto recuerdo, aunque salvemos sus buenas intenciones y su rectitud moral. Y no es poco salvar, pues el enigma de la privanza de Fernando de Valenzuela pertenece al número de esas cuestiones históricas que siempre serán discutibles, pues lo que puede ocurrir entre un hidalgo joven, gallardo, poeta y hombre del mediodía, y una dama como D.^a Mariana, que le da acceso a su cámara a horas avanzadas de la noche, incesantemente, para tratar con reserva de asuntos de Estado, no juzgo que pueda indagarse, de un modo nítido, ni acopiando documentos con la diligencia más exquisita. Pero en este volumen, lo repito, no asoma todavía el que reemplazó, al menos en la confianza omnívota de D.^a Mariana, al padre Nithard, y, que, como el padre Nithard, cayó desde el mayor valimiento y honra, bajo la presión ambiciosa del segundo D. Juan de Austria.

Es la figura de este bastardo la que se destaca en el tomo. Gira alrededor de él la historia de España, ya lleve sus ejércitos a no muy felices jornadas, y algunas del todo adversas, ya, en lo interior, perturbe la tranquilidad con manejos y motines. Es el inexorable enemigo que D.^a Mariana tiene que combatir, y el inquieto y descontento perpetuo, el eterno aspirante al sumo poder, y allá en el fondo de su alma ardiente y ansiosa de gloria, a la corona, sueño que le infunde otros, dignos de la musa de Guillermo Shakespeare. El hijo de la Calderona, tan fuerte como débiles fueron sus regios hermanos, tan activo como ellos inertes, pudo ser el dueño de España, y lo fué algún tiempo, hasta que habiendo despertado la juventud en Carlos II, y encendiéndose una chispa de amor en su alma, quiso recobrar sus derechos, y D. Juan fué relegado. Hay quien califica a D. Juan de Austria de ambicioso vulgar, y quien no le concede, de las cualidades que exige la tarea de mandar ejércitos, sino el valor innegable y a toda prueba. Pudiera afirmarse que, en estas cosas, también entra por mucho la fortuna. No faltan testimonios ni opiniones de historiadores que regatean, por ejemplo, al gran Condé, cuya apoteosis hizo Bossuet en una oración fúnebre memorable, la gloria de Rocroy. La batalla, dicen, se hubiese perdido, si se obedecían los órdenes del príncipe, entonces duque de Enghien. Mazarino preguntaba a los generales, no si eran hábiles, ni si eran valientes siquiera, sino si eran afortunados. D. Juan de Austria no lo fué. Es lo que sabemos de positivo.

Si lo hubiese sido, acaso le esperaba la corona, por él tan apetecida en secreto, y no tan en secreto, que no hiciese, de sus ansias, una horrible revelación a Felipe IV, el cual, desde el mismo instante, le volvió la espalda y no quiso volver a verle en la tierra. Pero la súbita elevación del hijo de la farsanta a lo más alto de la jerarquía social, en que sólo le superaban el rey y los infantes, colmado de honores y distinciones, parecía indicar que, lo mismo que Carlos V, Felipe IV necesitaba hombres, figuras, brazos, personalidades que, estrechamente vinculadas al monarca, substituyesen a los validos, o fuesen validos justificados por la naturaleza. Carlos V vió en el hijo de Bárbara de Blomberg un auxiliar para lo venidero; Felipe IV, también quiso encontrarlo en el segundo D. Juan de Austria. El último rey que pisó los campos de batalla fué Carlos V; después, los reyes no combatieron; era preciso crear caudillos, y mejor si eran príncipes de la sangre, vástagos regios. Quizás todas estas consideraciones influyeron en el encumbramiento súbito de D. Juan.

El libro de Maura, aunque serio, documentado, extenso y sin toques novelescos, consigue dejarnos impacientes de leer los tomos sucesivos. Quedan planteadas las cuestiones más discutidas, las referentes al período en que se suceden la muerte misteriosa de María Luisa de Orleans, y los maleficios del rey. Se reservan para más adelante la privanza de Valenzuela y el confinamiento de D.^a Mariana, las intrigas relacionadas con la sucesión al trono, la figura del confesor Froilán Díaz, su proceso, la muerte del rey a los treinta y nueve años de edad. Y esperamos mucho del joven historiador, que tantas pruebas da de conocer a fondo la materia. Los fines políticos que confiesa son en realidad fines patrióticos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

TRAJE DE NOVIA, CUENTO DE CARLOS FOLEY (1), dibujo de Tamburini



También aquel mes de enero, al penetrar del brazo de su marido en los suntuosos salones del palacio Nortambert, la linda señora Lucía de Favernay sintió unos ligeros latidos en su corazón.

¡Y pensar que todos los años le sucedía lo mismo! Desde que entraba en el gran vestíbulo, no pensaba en otra cosa que en su pasado; un pasado tranquilo, en el que, hija del tenedor de libros de la fábrica Pantín, siendo ya una muchachita muy sesuda y muy prudente, iban a buscarla para jugar, en el jardín reservado, con Pablo Nortambert, hijo único del rico dueño de la herrería. El primer día, los dos niños se dijeron que se amaban; y andando el tiempo, se amaron mucho más sin decirselo. ¿A qué confesárselo? ¿Acaso no sabían que la *Razón Social*, despota invisible, exigía que Pablo, al llegar a su mayor edad, se casase con su prima, huérfana paliducha y delicada, pero heredera de las dos terceras partes de las acciones de la fábrica? Y casado ya Nortambert, el tenedor de libros había, a su vez, dado su hija al Sr. Favernay, segundo ingeniero de la fábrica Pantín. Desde entonces, Lucía, dedicada exclusivamente al cuidado de sus hijos y preocupada siempre con hacer economías, ya no salió de su hogar modesto más que para asistir a aquel baile, una vez al año. Aquel día, ella misma se rizaba el cabello, pues el peluquero era demasiado caro, y sacaba de su armario su único traje bueno, su blanco vestido de novia.

Al poner los pies en la galería, la emoción de la joven dama aumentó al ver, por encima de tantas cabezas inclinadas, a su Pablito de otro tiempo, ahora muy alto, muy imponente y muy guapo a pesar de la sonrisa cansada que asomaba por debajo de su rubio bigote, a pesar de sus ojos que miraban demasiado lejos. El guante blanco de Lucía tembló debajo de la manga del frac del ingeniero y una nueva angustia le punzó el corazón. «¿Quizás he envejecido!.. ¿Me reconocerá también hoy?..»

Y empujada por los que llegaban detrás de ella,

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

... dedicóse, para matar el tiempo, a mirar de lejos a los que valsaban

arrastrada por su marido, apenas tuvo tiempo de cerciorarse, por una sonrisa menos vaga, por una mirada más próxima, de que Nortambert la había realmente reconocido. Mientras Fontenay, algo deslumbrado por las luces, por la música y por las mujeres, se esquivaba para bailar sin perder un momento y durante toda la noche, ella se encaminó hacia el fondo del saloncito. Cada año, incluso el último, durante el intermedio del cotillón, mientras todo el mundo se dirigía al *buffet*, Nortambert había ido a reposar allí y a charlar con ella. Sentóse, pues, en el mismo rincón, a fin de que él pudiera encontrarla inmediatamente, si es que pensaba en volver. Pero ¿volvería? Y sintiendo que la angustia se apoderaba nuevamente de su corazón, dedicóse, para matar el tiempo, a mirar de lejos a los que valsaban. De este modo quedóse como adormecida con sus ensueños y sus recuerdos, sin oír siquiera a los que, pasando por delante de ella, se preguntaban: «¿Quién será esa linda damita vestida de novia, sin flores en la cabeza, que no habla con nadie y que no baila nunca?»

Al comenzar el cotillón, Lucía se reanimó, pero sin abandonar su sitio; y cuando cesó la música y la gente pasó al comedor, quedóse aún más sola ante la serie de los grandes salones desiertos, tuvo un estremecimiento y de nuevo punzóle en el corazón la angustia. «¡No, no se acuerda!, pensó. ¡No vendrá!»

Un paso cuyo ruido amortiguaba la mullida alfombra, cortóle de repente la respiración: era Pablo Nortambert.

Sentóse junto a ella; sonrojáronse ligeramente las mejillas de ambos, y sus ojos, llenos del pasado, se encontraron.

Pablo habló el primero, diciendo con voz turbada: —Sé que vive usted lejos y que sus hijos, su hogar y mil preocupaciones la tienen apartada de la

sociedad; por esto agradezco a usted más que a nadie que haya venido. Si no la viera a usted una vez cada año en este saloncito, en el mismo sitio, con sus hermosos cabellos sin flores y con su traje enteramente blanco, este baile sería demasiado triste para mí.

Cada año decíale, sobre poco más o menos, lo mismo; pero esta vez se lo dijo con más lasitud y más desaliento; por esto Lucía se esforzó por imprimir en su conversación un tono placentero.

—También yo, respondió, espero con impaciencia su visita; si no viniese usted, me iría desconsolada.

Por más que hizo, sus últimas palabras fueron dichas con la misma lasitud con que le hablara Pablo, y sus pupilas se nublaron.

—¿Es usted, a lo menos, dichosa?

—Sí, ¿y usted?

—¿Yo... qué importa?, contestó él con un gesto evasivo. Tenemos demasiado poco tiempo... hablemos sólo de usted. Tiene usted apuros pecuniarios, ¿no es verdad? Sin avergonzarse puede usted confesárselo a un antiguo amigo.

—Lo confieso, sin avergonzarme.

—Y yo no puedo hacer nada por usted... nada que no sea por su esposo!, exclamó desolado. He querido enviarlo por seis meses a mi fábrica de Cambray; allí, sin postergar a nadie, le nombraba ingeniero jefe con mayor sueldo y no ha querido aceptar. ¿Conoce usted los motivos de su negativa?

—Son fundados. Teme que este favor excepcional le enajene la estimación y la amistad de sus colegas, y teme también este destierro de seis meses; es hombre muy de su casa, está satisfecho de su suerte y prefiere no dejar a sus hijos...

—... Y sobre todo a su esposa, dijo completando la frase Nortambert, con una curiosidad inquieta y maligna en el fondo de los ojos.

J.M. Tamburini

—¡Oh! Seis años de matrimonio le han cansado un poco, respondió Lucía moviendo la cabeza con expresión lastimera.

—¿Pero usted le quiere como el primer día?, preguntó Pablo, en cuyos ojos brilló con más intensidad aquella luz maligna.

—Sí, ciertamente.

—¿Con qué tranquilidad y discreción dice usted esto!

—Es que mi cariño es así, discreto y tranquilo.

Su mirada apacible se posó sobre la mirada apaciguada de Nortambert y ambos se dejaron vencer por sus memorias. Después, Pablo, con acento de fiebre y de violencia contenidas, exclamó:

—¡Ah, Lucía! ¡Cuán capaces nos sentíamos usted y yo de otro amor distinto de éste!

—¿Quién sabe!, contestó ella evasivamente.

—Sí, replicó él vibrante de pasión; sí, yo sé cómo nos amábamos sin habérselo dicho jamás.

—¿Y para qué decírnoslo ahora, cuando es ya demasiado tarde?

Y con los ojos humedecidos de enternecimiento, añadió en un arranque de súplica:

—¡Nuestra novela, tal como es, es tan dulce, tan discreta, tan misteriosa! Si en la sombra de mi vida he visto abrirse esta flor, ¿por qué deshojármela?

Aquella súplica fué dicha con tan delicado halago, que Nortambert no se atrevió a pronunciar las palabras que le quemaban los labios e hizo un esfuerzo enérgico como para volver la calma a todo su ser tumultuoso; pero su sufrimiento se reveló en esta frase dicha con acento ligeramente zumbón:

—Veo que será usted siempre una mujercita muy sensata.

Lucía, tan sin fuerzas como él, procuró también echar la cosa a broma:

—La sensatez es nuestro defecto de familia; mi madre era así y yo deseo ser como mi madre para que mis hijas sean como yo.

En la gracia de su actitud, persistía una gran firmeza.

—¿Y yo seguiré viéndola sólo una vez al año, en mi baile de enero, durante los diez minutos de intermedio del cotillón?, preguntó Nortambert con amargura.

—Sí, en este rincón del saloncito, sin flores en mis cabellos y con mi traje blanco de novia...

Ante aquella tenaz resignación, Pablo sintióse de nuevo acometido de una violencia.

—Apostaría, dijo con aspereza, a que ese vestido de novia es una superstición; a que lo lleva usted como una coraza de pureza conyugal.

Aunque conmovida por aquel ataque brusco, Lucía replicó vigorosamente:

—Lo llevo sobre todo por economía..., pero también miro en él algo de superstición, es verdad.

Pablo quiso que Lucía sufriese algo de lo que él sufría:

—Después de tantos años, ese traje debe de estar muy deteriorado...

—No mucho; es de una tela sólida y durará tanto como yo.

—Perfectamente; pero llegará un día en que resultará tan pasado de moda y tan ajado, que no se atreverá usted a ponérselo para venir.

Con los párpados medio cerrados y agitados por el dolor, Lucía respondió con voz débil, en la que algo se desgarraba:

—Esas destinaciones no las ve jamás uno mismo. Cuando yo esté demasiado ridícula, olvidará usted mi nombre y no me invitará... Entonces comprenderé lo que significará ese silencio, y no necesitando ya mi vestido claro para mi única fiesta del

año..., me lo haré teñir de negro para todos los días.

Ante aquella frase punzante, Pablo comprendió toda su crueldad. Los dos palidecieron espantosamente.

Favernay cruzó la galería en busca de su mujer.

—Estaba loco, Lucía, perdóneme usted, imploró Pablo en voz baja y febrilmente.



Altar gótico catalán, dedicado a Nuestra Señora de Montserrat y destinado a la capilla que en la finca de Santa Perpetua de la Moguda posee D. Miguel Gomis y Güell, ejecutado en su totalidad por Renart y C.^a, de Barcelona.

Lucía le perdonó con una mirada profunda y, algo consolada, tendióle la mano.

—¿Hasta la vista?, preguntóle Pablo Nortambert.

—Hasta la vista.

—¿Dentro de un año?

—Dentro de un año.

Y ya del brazo de su marido, a punto de separarse de Pablo, movió lastimeramente su hermosa cabeza que ninguna flor adornaba, y con voz en la que vacilaba un pesar, en una última alusión velada, casi se excusó de ser un alma prosaica, demasiado razonable y sensata para atreverse a aspirar a dos dichas para ella sola.

—Será menester que siga usted admitiéndome con mi traje de novia... No puedo variar..., porque no tengo más que éste.

LOS PICOS DE EUROPA

(Véase la lámina de la página siguiente.)

Los Picos de Europa, célebre macizo de montañas que divide las provincias de Santander, Oviedo y León y en el cual se ha efectuado recientemente una cacería regia, son moles casi inexpugnables que se alzan entre abismos pavorosos y que en algunos puntos llegan a alcanzar una altura de 2.600 metros.

Constituyen estas gigantescas montañas grandes masas de peñas calizas, las mayores del mundo de esta materia y forman tres enormes macizos, situados el primero entre los ríos Sella y Cares; el segundo, entre el Cares y el riachuelo Duje; y el tercero, entre el Duje y el Deva. Además, puede contarse otro macizo comprendido entre el Deva y el Nansa.

La ascensión a los Picos de Europa es sumamente peligrosa, puesto que hay que caminar al borde de abismos insondables y que trepar por peñas tremendas y por terrenos tan inseguros, que un resbalón o un mal paso bastan para rodar al fondo de un precipicio del que jamás se sale, como les ha ocurrido a varios cazadores muy avezados a saltar por los riscos.

Además de estos peligros, ofrecen aquellos lugares el de la nieve y el de la niebla, sobre todo este último, que es indudablemente el peor y más traidor enemigo de cuantos escalan los Picos de Europa. En efecto, la niebla borra los precipicios, cierra los caminos, oculta los abismos y cuando se aproxima y envuelve a los caminantes, éstos se ven obligados a permanecer inmóviles y aguardar que pase, que el sol o el viento la disipen, porque aventurarse a caminar con niebla es como ir a una muerte segura.

En cambio de estos riesgos, los Picos de Europa se prestan a las cacerías más interesantes, como la que en ellos ha efectuado Su Majestad el rey D. Alfonso XIII y ofrecen a los que en ellos se aventuran los panoramas más espléndidos y más hermosos que en el mundo pueden admirarse.

ALTAR GÓTICO CATALÁN

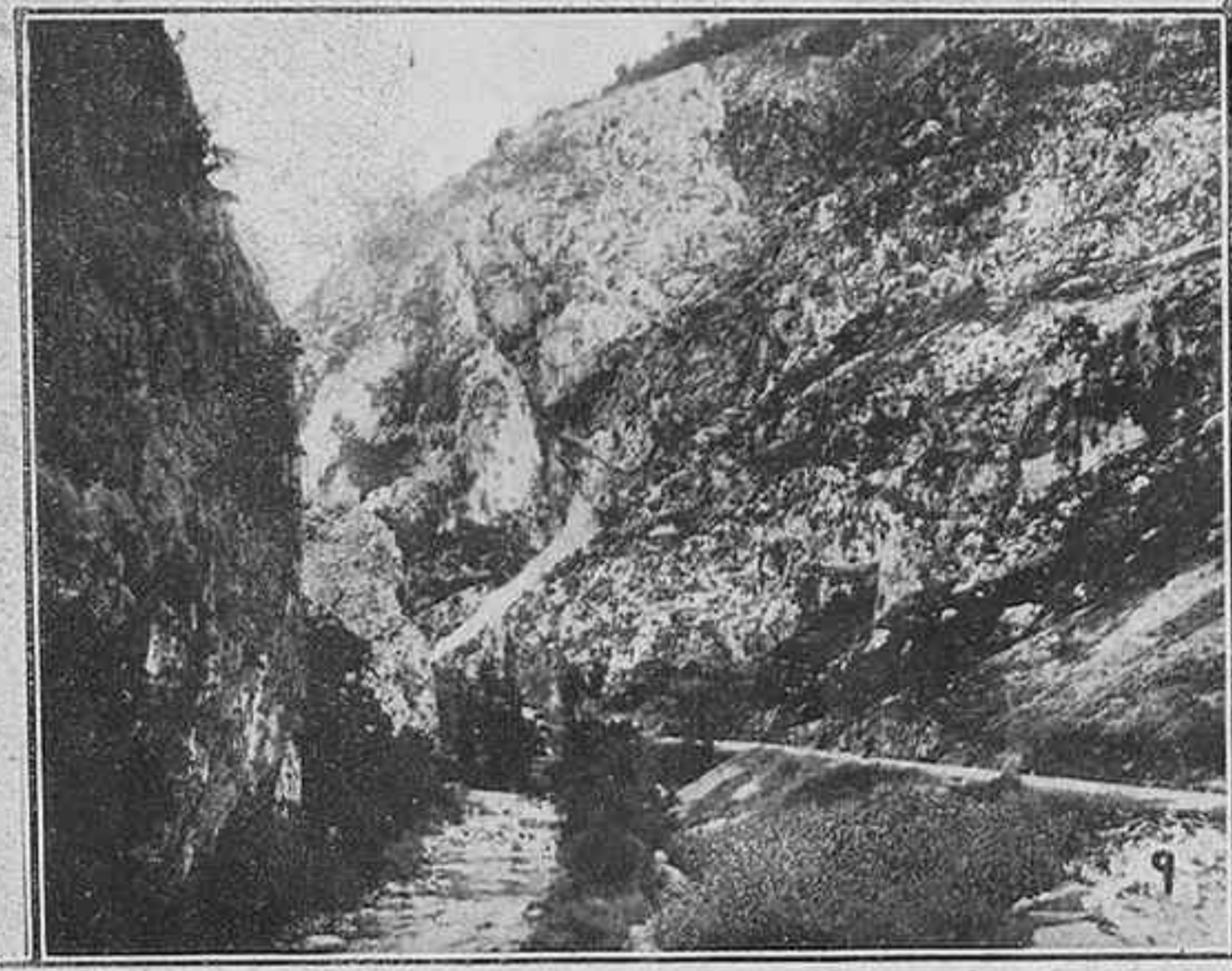
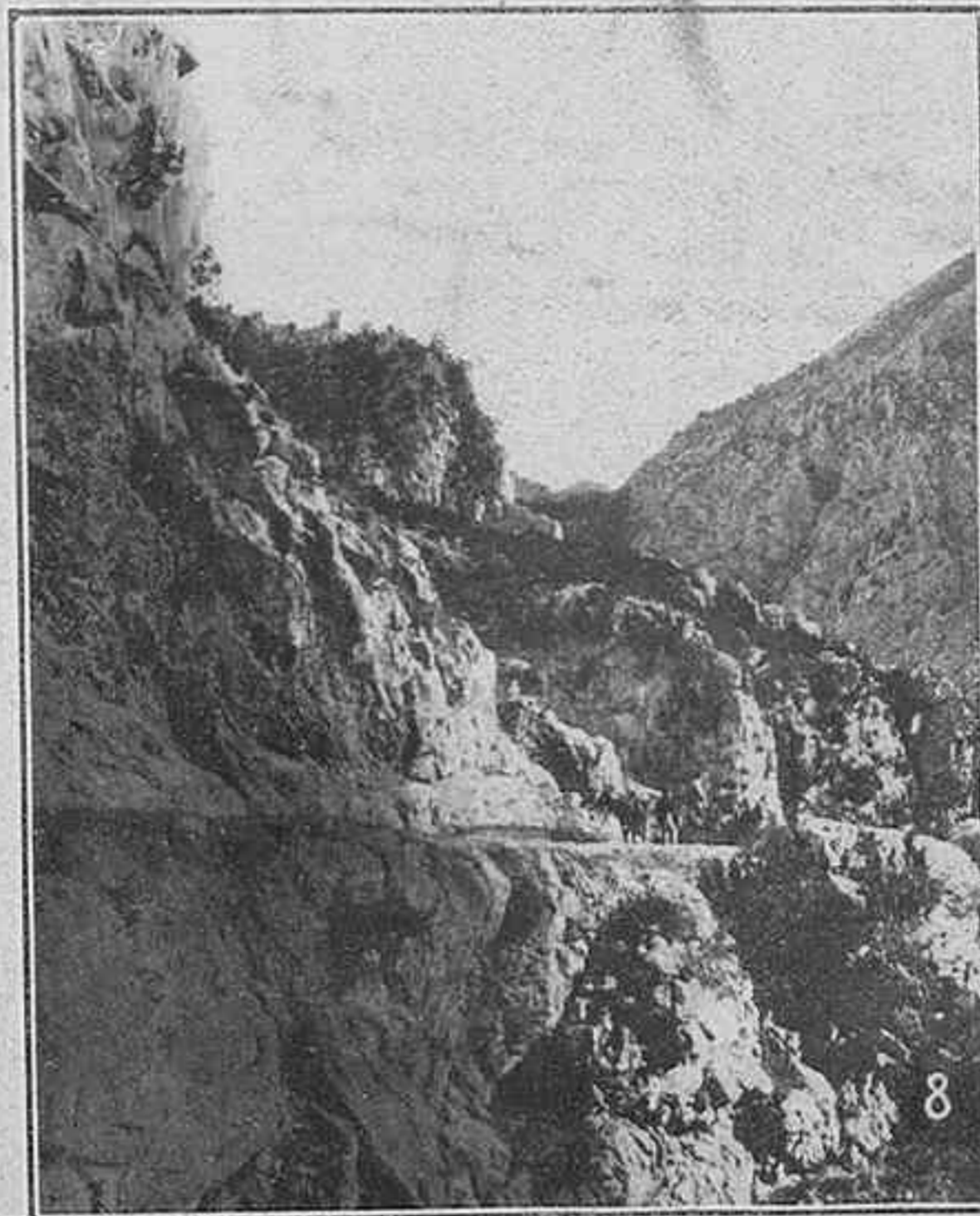
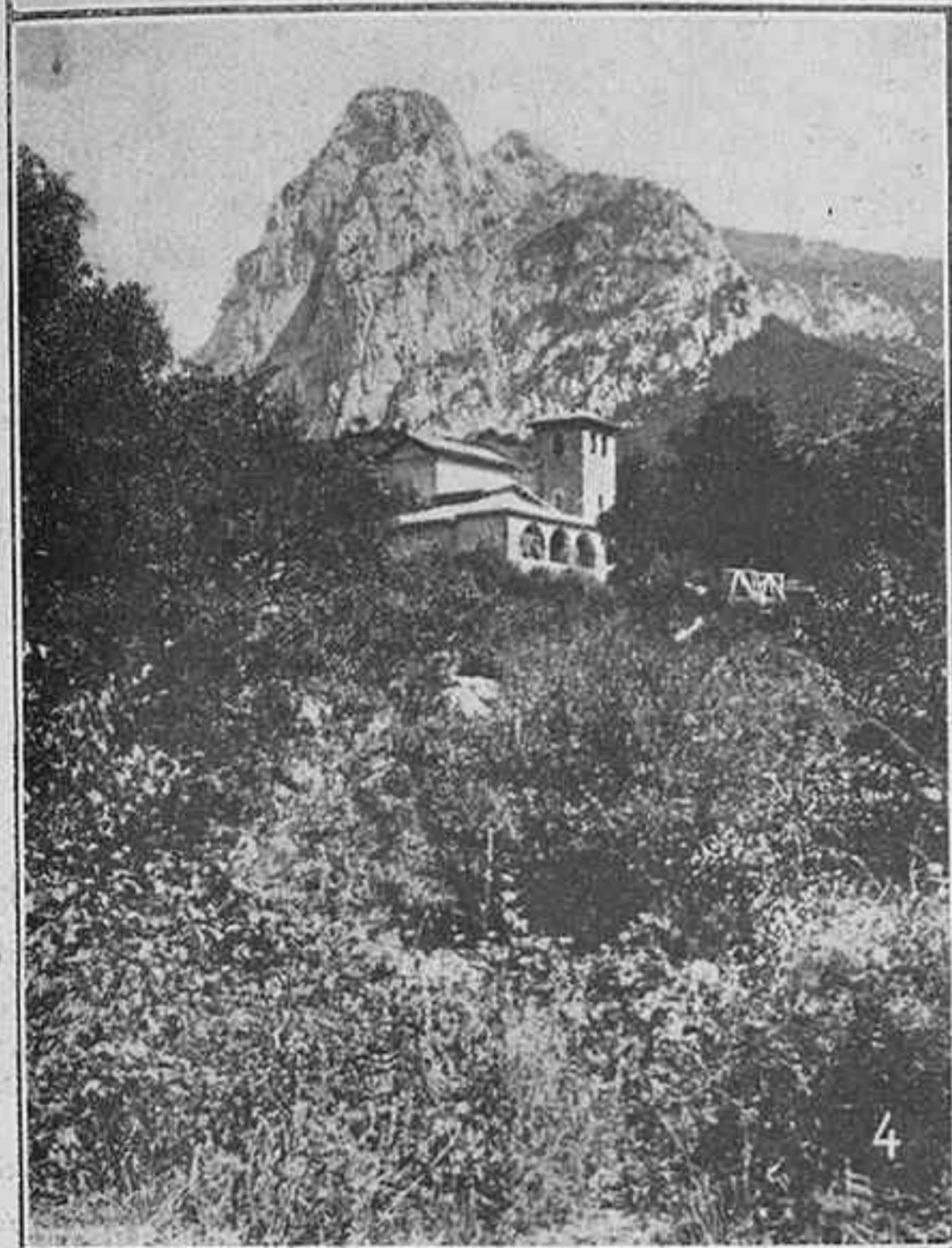
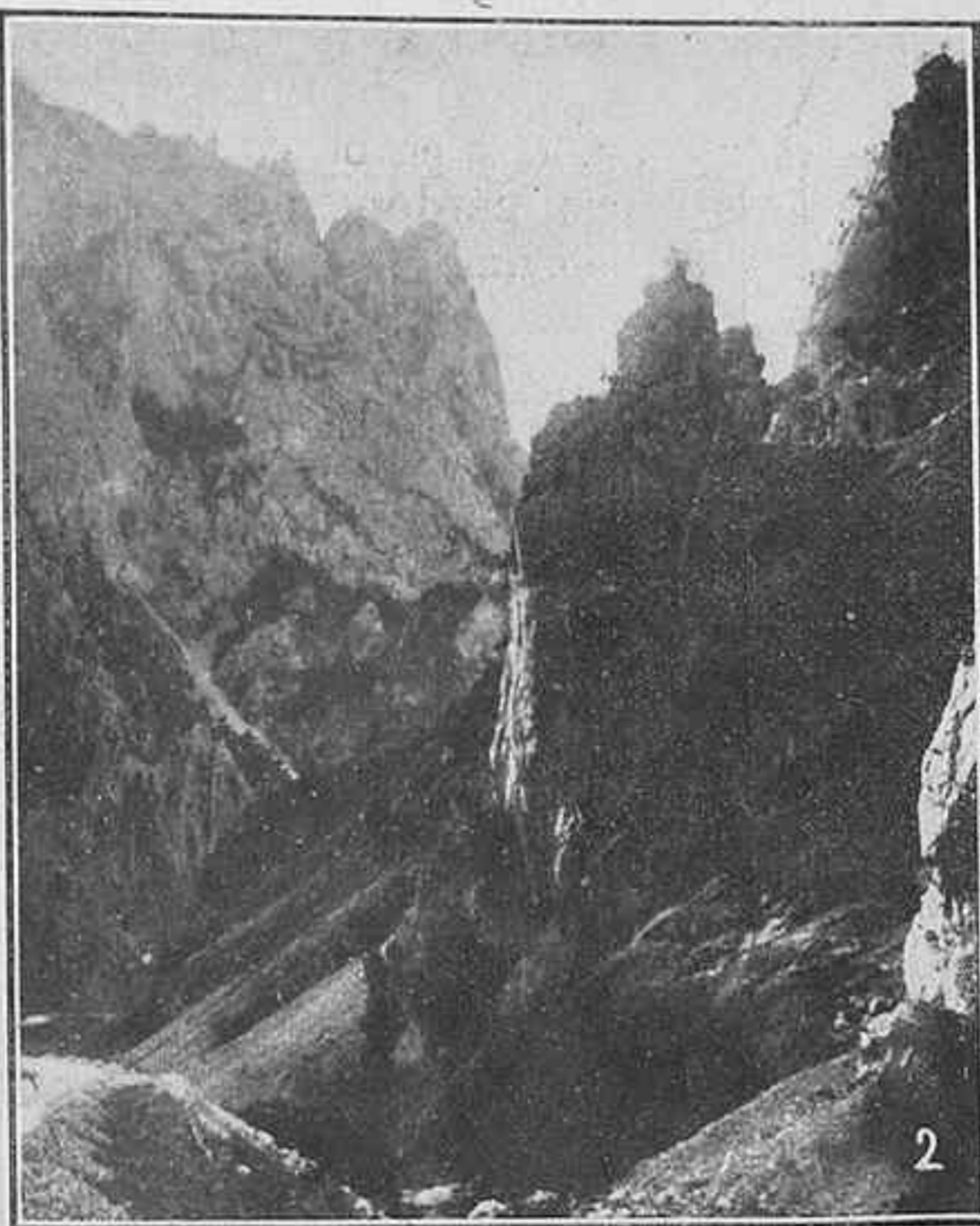
Llama justamente la atención de los inteligentes el hermoso altar, de estilo gótico catalán, que han expuesto en sus talleres los Sres. Renart y C.^a, tanto por la habilidad y pericia de sus constructores, como por su riqueza y suntuosidad.

La obra merece verdaderos elogios, puesto que los constructores han procurado ejecutarla de ma-

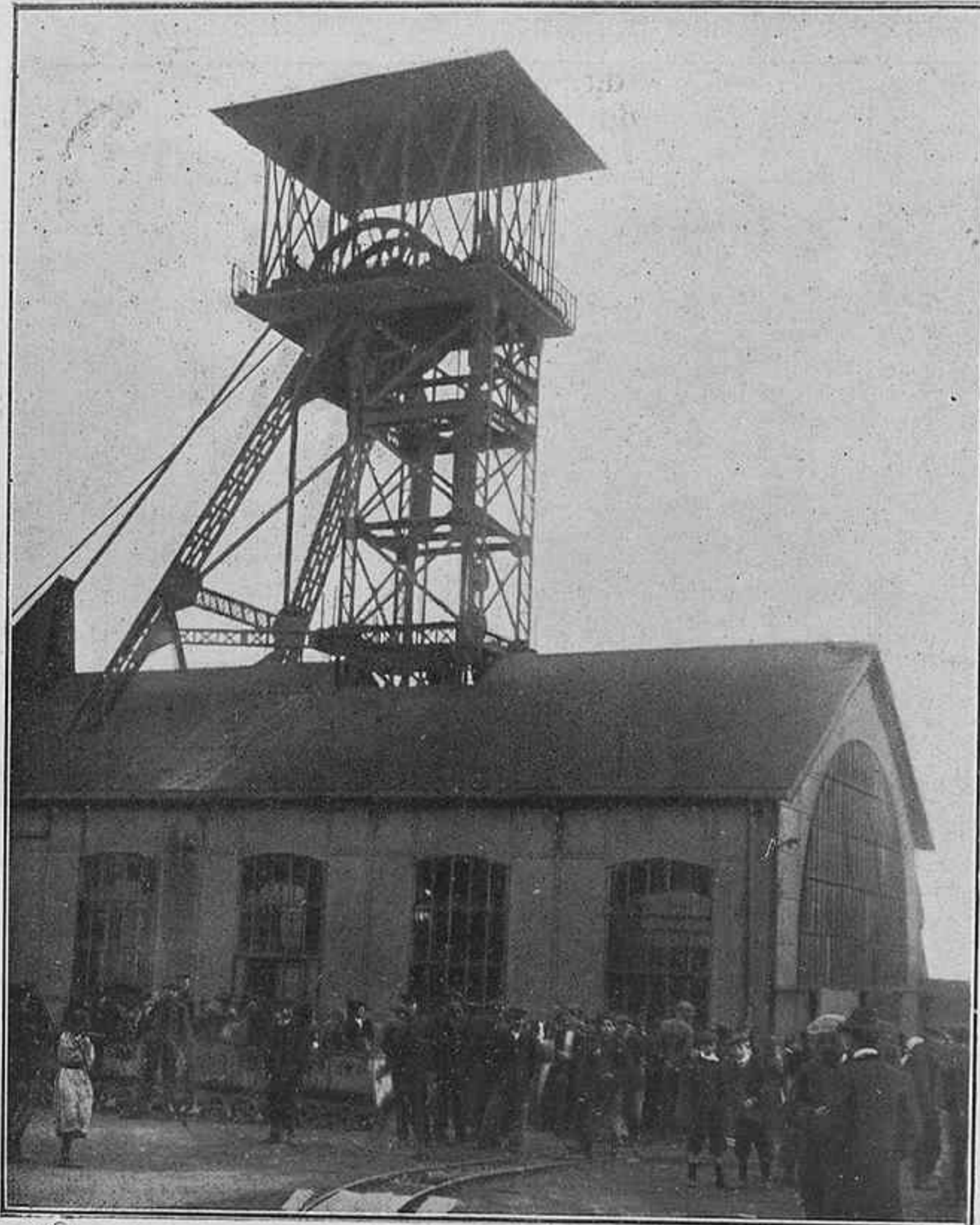
nera que se ajustara a los caracteres distintivos propios de los altares góticos catalanes. Consta de tres compartimentos, en cada uno de los cuales descuellos una tabla: en la del centro aparece reproducida la imagen de la Virgen sentada en su trono, teniendo por fondo las montañas características; la de la izquierda representa el momento en que fué hallada la imagen en la Cueva, ante la que se humillan los magnates y payeses del contorno, y la tabla de la derecha recuerda su traslación al templo en donde habían de venerarla las generaciones venideras. Cada tabla está pintada con verdadera maestría, puesto que cada tipo parece arrancado de un retablo de la época y han merecido especial atención, ya que las telas han sido hábilmente escogidas, terminando el dorado altar con elegantes pináculos.

La mesa, sostenida por columnas, completa la obra, que ha de estimarse como una evocación artística de nuestra patria, que honra a los Sres. Renart y C.^a y al piadoso ofertor Sr. Gomis y Güell.

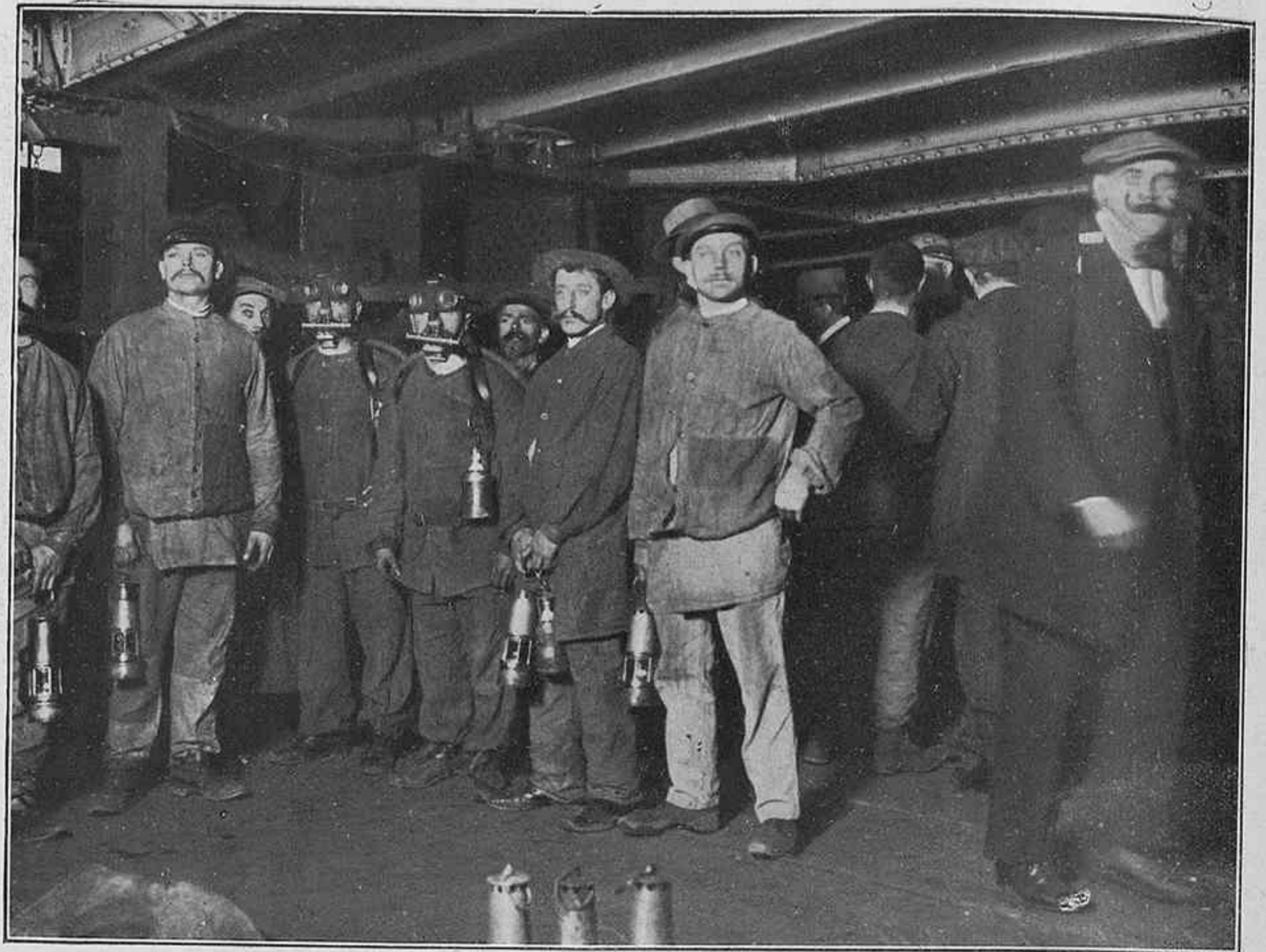
LOS PICOS DE EUROPA, DONDE RECIENTEMENTE HA EFECTUADO UNA CACERÍA S. M. EL REY D. ALFONSO XIII



1.—El pueblo de Potes.—2. Peñascales de Potes.—3. Pueblo de la Hermida y valle de Peñarrubias.—4. Santuario de Lebeña.—5. Camino de Andara.—6. Canal de Usden.—7. Balneario de la Hermida.—8. Camino de Calvera.—9. Carretera de Pctes —10. Pico de Fierro, con niebla.—11. Laguna de Andara, con niebla. (De fotografías de M. Asenjo.)



LA CATÁSTROFE DE LA MINA DE LA CLARENCE (FRANCIA)



Vista exterior del pozo en donde se produjo la explosión.—Grupo de mineros disponiéndose a descender a la mina para proceder a los trabajos de salvamento. (De fotografías de M. Rol.)

Una terrible catástrofe ha ocurrido en la mina de la Clarence, del distrito de Bethune (Paso de Calais), el día 3 del actual. A las cinco de la mañana, trescientos cincuenta y ocho mineros habían descendido a una profundidad de mil metros. Terminada su jornada, remontaron por grupos, y en aquel momento se produjo la explosión, cuando aun quedaban en el fondo de la mina numerosos trabajadores.

Organizáronse inmediatamente los socorros, pudiendo ser extraídos poco después veintitrés mineros con quemaduras tan graves, que muchos de ellos fallecieron a consecuencia de ellas. Luego se extrajeron tres cadáveres y finalmente diez mineros con ligeras heridas.

Mientras se efectuaban estos trabajos de salvamento, una multitud se agolpaba en torno de la salida del pozo y delante del departamento en donde los cadáveres eran depositados, produciéndose entre aquellas gentes, familias de las víctimas, las escenas más deplorables.

A pesar de las dificultades insuperables que se ofrecían, los equipos de salvamento dirigidos por el ingeniero Sr. Dupont prosiguieron sus exploraciones y consiguieron recoger algunos heridos y muertos, afrontando el peligro de las continuas explosiones y de los desprendimientos que se producían en el fondo de la mina. El citado ingeniero y dos obreros que con él iban, Legay y Ledat, murieron heroicamente víctimas de

su arrojo y de su abnegación. Sus cuerpos fueron encontrados dos días después.

En vista de lo cual y de que los trabajos eran cada vez más peligrosos, desistióse de proseguirlos hasta que, cesando las explosiones y extinguidos los incendios, puedan ser las galerías ventiladas y se posibilite, por tanto, a los obreros explorarlas sin exponer, como ahora, inútil y seguramente su vida.

El número total de víctimas de la catástrofe es de ochenta y ocho: treinta y un muertos, quince heridos y cuarenta y dos desaparecidos, que también pueden considerarse como muertos.

El ministro de Obras Públicas Sr. Dupuy acudió al día siguiente al en que el accidente se produjo a la mina de la Clarence, visitando los heridos y repartiendo socorros entre las familias de las víctimas.

El día 6 efectuóse en Divion el entierro de diez y siete de las víctimas, con asistencia del ministro Sr. Dupuy, del prefecto del departamento y de otras autoridades. Después de la misa, el obispo de Arrás, monseñor Lobbedey rezó un responso y pronunció una sentida oración fúnebre. El ministro, el alcalde y los diputados señores Bar y Basly dedicaron también elocuentes recuerdos a los que perecieron en la catástrofe.

Aquel mismo día fueron enterradas otras trece víctimas en Calonne-Riconart y siete en Camblain-Chatelain, habiendo pronunciado discursos en ambas localidades los alcaldes, el secretario general de la Prefectura y el subprefecto de Saint Omer.



Las familias de las víctimas delante de la lampistería, convertida en depósito de cadáveres (De fotografía de Central Photos.)

Bajo la dirección de otros ingenieros hicieronse aún en los días siguientes nuevas tentativas, que resultaron infructuosas.

En las localidades los alcaldes, el secretario general de la Prefectura y el subprefecto de Saint Omer.



Entierro de las víctimas.—Grupo de mineros que llevan la corona enviada por el gobierno. (De fotografía de Rol.)—Monseñor Lobbedey, obispo de Arrás, rezando un responso. (De fotografía de Central Photos.)

EL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA EN SUIZA

La visita hecha recientemente por Guillermo II a la República Suiza ha sido objeto de grandes comentarios por parte de toda la prensa europea, como lo

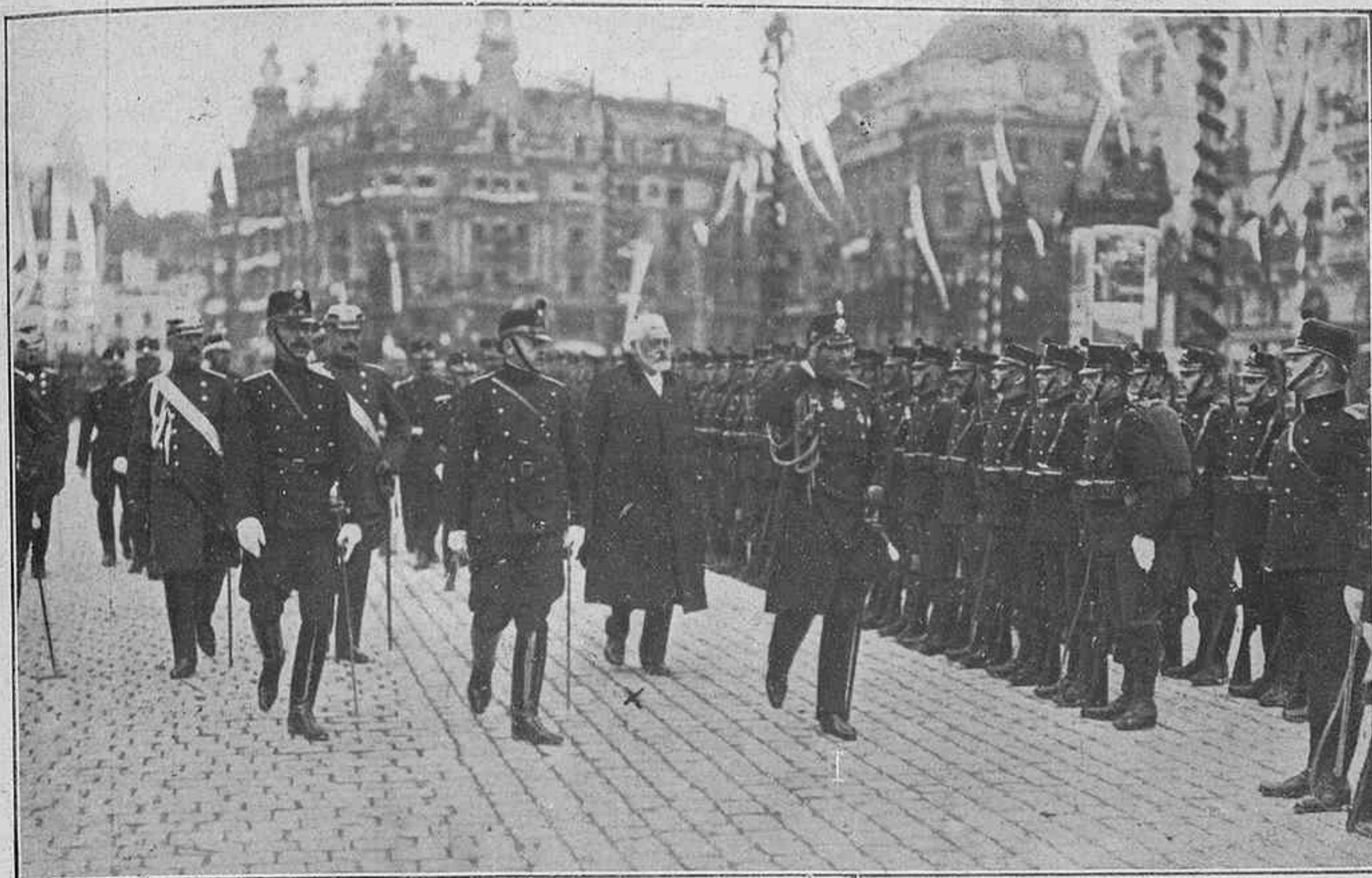
ra Rieter-Boodmer, ha puesto a la disposición del augusto viajero, es la misma en que residió muchos años Ricardo Wágner, quien escribió en ella la mayor parte de sus inmortales creaciones.

Por la noche, el Emperador visitó al Dr. Forrer en el hotel Bauer, en donde éste se hospedaba y en donde se celebró un banquete de gala.

El día 4, a primera hora, partió en tren para Will y desde allí, en automóvil, dirigióse a Kirchberg, a fin de presenciar las maniobras del ejército suizo, que siguió con especial interés durante todo aquel día y parte de la mañana siguiente, regresando luego a la villa Rietberg, en donde recibió a las delegaciones de las numerosas asociaciones alemanas de Zurich.

El día 6 Guillermo II salió para Berna, hacia donde habían salido algunas horas antes, con objeto de recibirle allí, el presidente de la República y las autoridades federales. Llegó a las dos y media, revistó la compañía formada para tributarle los correspondientes honores y en un landó y acompañado del Dr. Forrer dirigióse al Palacio Federal, donde hubo una recepción.

Después visitó algunos barrios de la ciudad, la catedral y el foso de los osos y fué a la legación de Alema-

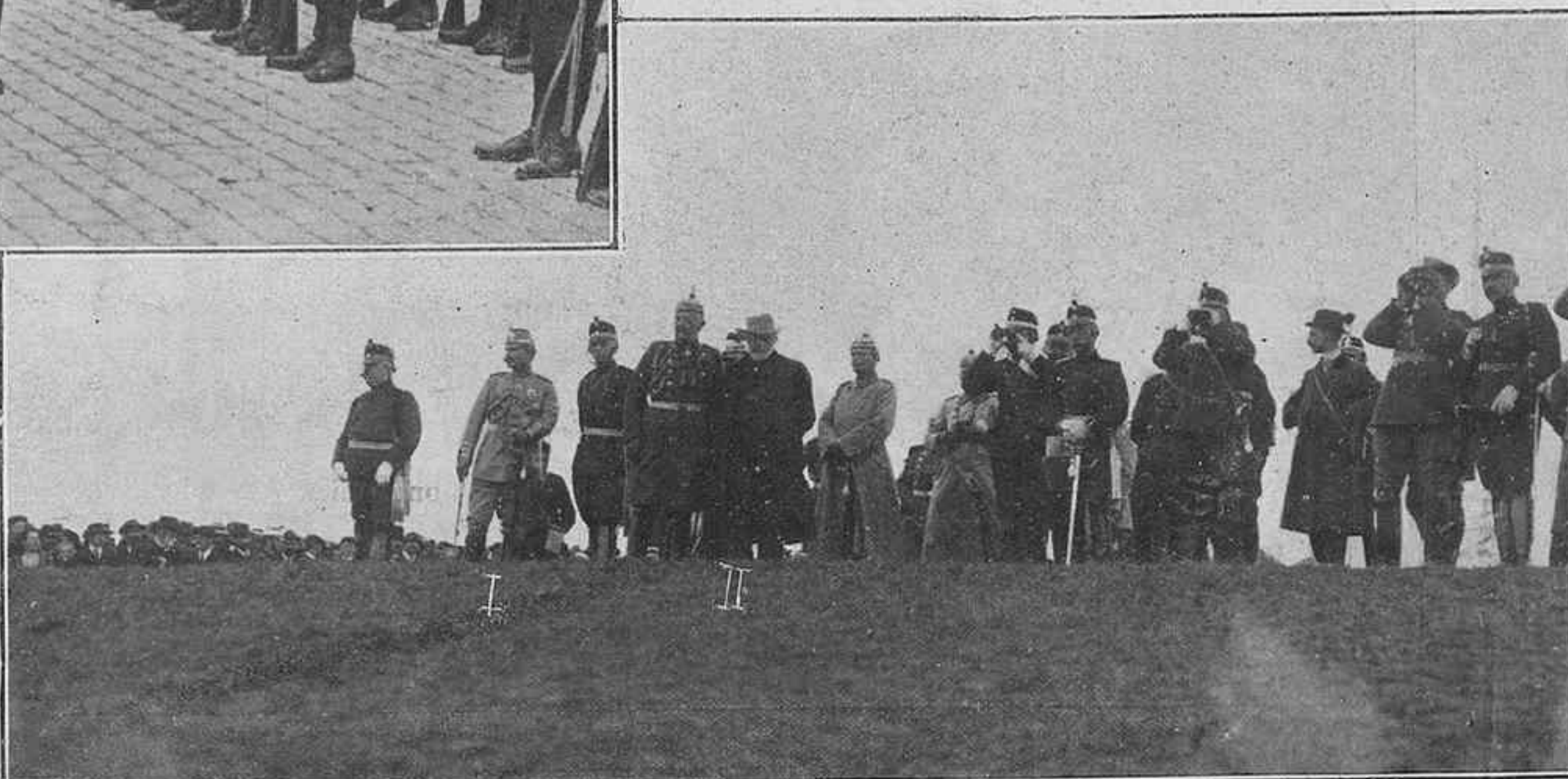


El Emperador (1), acompañado del presidente (x) de la Confederación Helvética, Dr. Forrer, revistando en la estación de Zurich la compañía que le tributó los honores. (De fotografía de Carlos Delius.)

son generalmente todos los actos del soberano alemán. Pero este viaje no parece realizado con fines políticos, a no ser que como tal se considere el deseo de alentar y estimular a las numerosas colonias alemanas que pueblan las principales ciudades suizas, llegando en algunas, como en Zurich, a formar el veinte por ciento de la población total, y que ejercen gran influencia en la marcha de la industria y del comercio de aquella nación.

Aparte de esto, y así lo manifiestan los periódicos suizos, la visita del emperador germánico en nada modificará la neutralidad absoluta que constituye la tradición de aquella república y que es la base fundamental de su existencia y de su prosperidad.

A las tres y media de la tarde del día 3 del actual, Guillermo II llegó a Basilea, siendo recibido por los representantes del gobierno de aquel cantón, por el ministro alemán en Berna y por otros elementos oficiales. Minutos después, volvió a subir al tren y a las cinco y media llegaba a la estación de Zurich, en donde le esperaban el presidente de la Confederación Helvética Dr. Forrer, los miembros del gobierno federal, las autoridades, etc. Después de las presentaciones de rúbrica, el Emperador revistó la compañía que le había tributado los honores y se encaminó a la villa Rieter, que ha sido su residencia durante su estancia en aquella capital. Esta villa, hermosamente situada y que su propietaria, la seño-

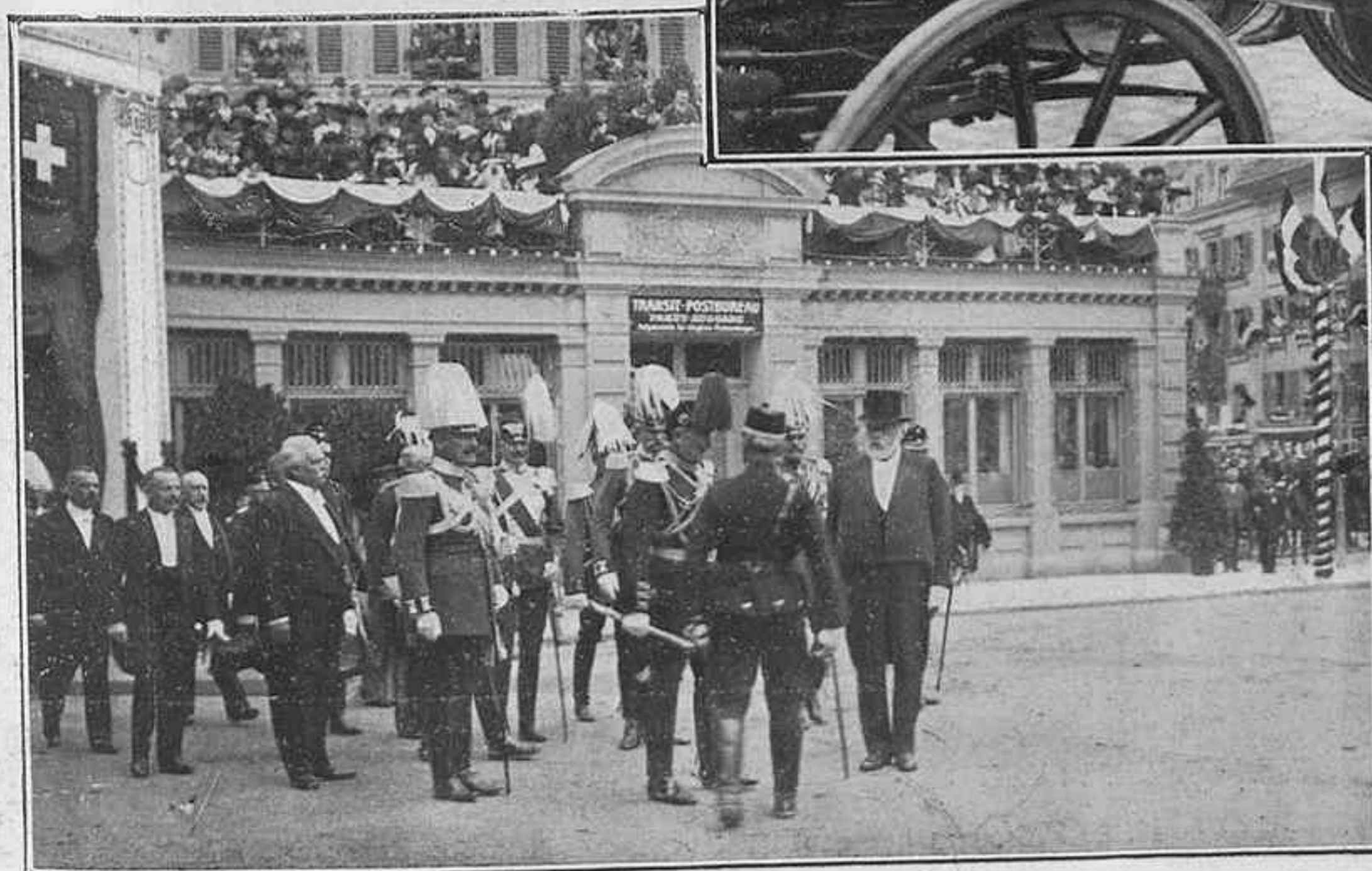


El Emperador (1) y el Dr. Forrer (2) en las maniobras militares de Kirchberg. (Fot. Vidal.)

ria, en donde recibió a los representantes de la colonia alemana. Por la noche asistió a la recepción diplomática y al banquete de gala que se celebraron en el hotel Bernerhof. Al final de la comida cambiáronse entre el doctor Forrer y Guillermo II afectuosos brindis, en los que se ensalzaron las cordialísimas relaciones entre ambos Estados y se hizo constar la voluntad firme y la necesidad de que subsistan en toda su integridad la independencia y la neutralidad de Suiza.

Terminado el banquete, el Emperador, después de haber conversado amablemente con los invitados, dirigióse a la estación, tomando allí el tren que le condujo a Alemania.

Durante su estancia en Suiza, Guillermo II ha sido en todas partes acogido con vivas demostraciones de simpatía y aclamado con gran entusiasmo.—S.



En Berna.—El Emperador y el Dr. Forrer dirigiéndose al Palacio Federal.—El Emperador a la salida de la estación La comitiva oficial en la Christophlegasse. (De fotografías de Vidal.)



UNA BODA EN LOS ABRUZZOS, cuadro de Francisco P. Michetti. (Galería Pisani, de Florencia.)



REGRESO DEL CAMPO, cuadro de Francisco P. Michetti. (Galería Pisani, de Florencia.) (De fotografías de Argus Photo-Reportage.)



LA CIGARRA, cuadro de Penot. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)

VIENA

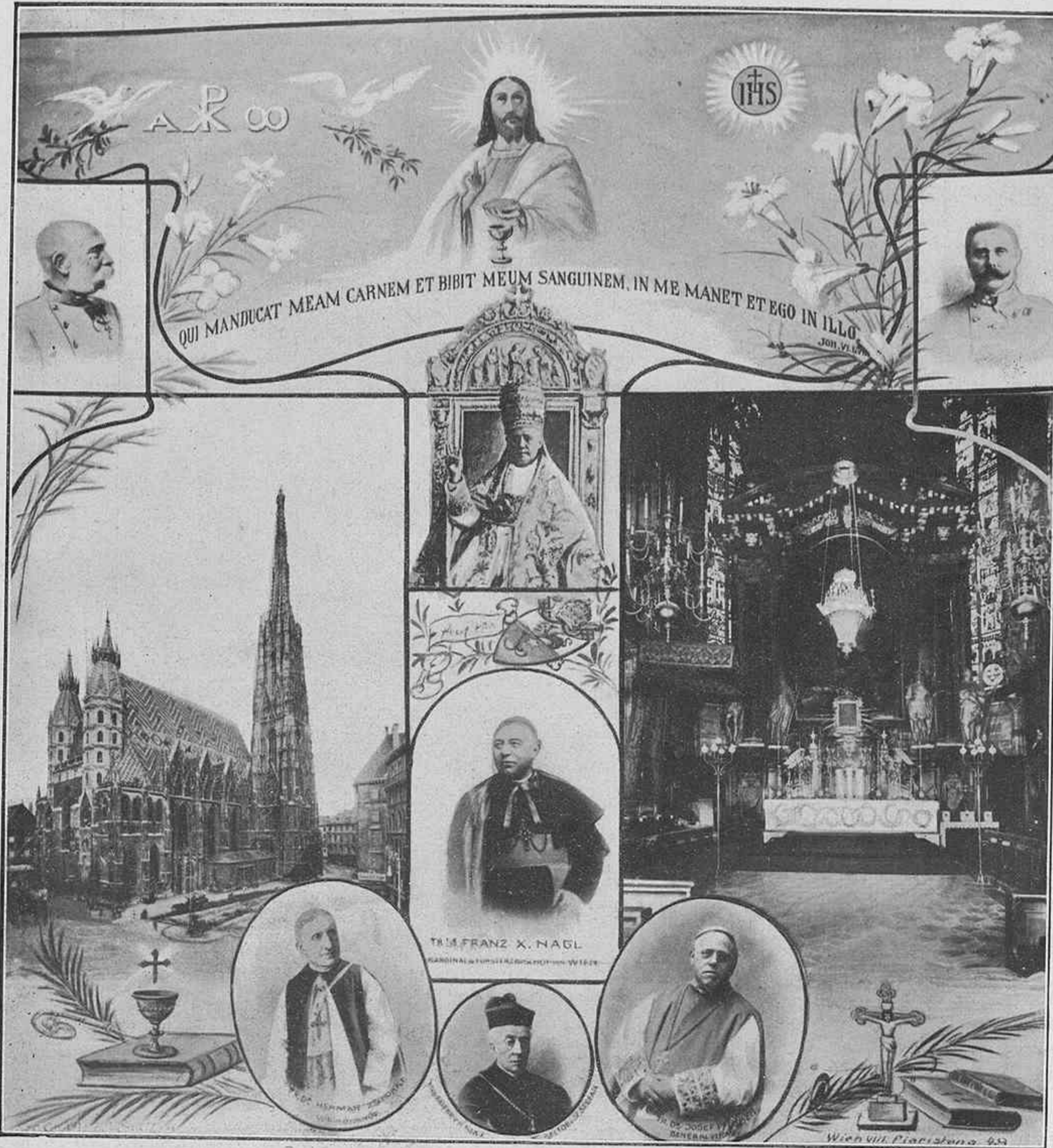
EL XXIII CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL

El Congreso Eucarístico Internacional que, en el momento en que escribimos estas líneas, se está celebrando en la capi-

meroso público, y desde allí, y en una carroza de la corte, ha hecho su entrada triunfal en la ciudad, siendo aclamado calorosamente por el enorme gentío que llenaba las calles, en cuyos lados formando cordón, hallábanse situadas las innumerables asociaciones católicas con centenares de banderas.

lacio imperial, en el que se hospedaba. Recibido inmediatamente por el Emperador, entrególe una carta autógrafa de Su Santidad.

La sesión inaugural del Congreso efectuóse el día 11 bajo la presidencia del Legado y con asistencia del archiduque Fernando en representación del emperador Francisco José, del nuncio de S. S. en Viena, del arzobispo, de numerosos archiducos y archiduquesas, de varios ministros, del prefecto y principales autoridades, de más de 200 prelados y de 20.000 congresistas. En ella, después del discurso del archiduque presidente, el secretario del Congreso dió lectura a un breve



Viena.—El XXIII Congreso Eucarístico Internacional. Estampa conmemorativa del Congreso. En el centro, una alegoría de la Sagrada Eucaristía; en los medallones laterales, los retratos del emperador Francisco José y del archiduque heredero Francisco Fernando; en el centro, S. S. Pío X y debajo de éste el cardenal Francisco Nagl, arzobispo de Viena; a los lados, vistas del exterior y del interior de la catedral de San Esteban; en los medallones inferiores, los retratos de monseñor Zschokke, obispo coadjutor de Viena; de monseñor Sixt, rector de San Esteban, y de monseñor Pflugel, vicario general. (De fotografía de Carl's Trampus.)

tal de Austria, bajo el alto patronato del emperador Francisco José, supera con mucho en importancia a los celebrados en Colonia, en Montreal y en Madrid, que tanta solemnidad revistieron. Bastará decir, en prueba de este aserto, que a él han concurrido diez cardenales, más de 200 arzobispos y obispos y un contingente de fieles procedentes de todos los países muy superior al de los que hasta ahora habían tomado parte en las manifestaciones públicas de la fe católica, pues pasan de 150.000 solamente los congresistas inscritos.

Dividense éstos en quince secciones, a saber: alemana, española, francesa, belga, angloamericana, húngara, checa, croata, eslovaca, holandesa, eslovena, armenia, rutenia, rumana y de Fionlaner, las cuales celebran sus sesiones especiales en distintas iglesias de Viena. Las solemnes sesiones generales debían celebrarse en la catedral de San Esteban, pero la extraordinaria afluencia de congresistas ha hecho pensar al comité de Viena que tal vez aquel templo, a pesar de sus dimensiones extraordinarias, sería insuficiente, por lo que se proyectaba utilizar para aquéllas la gran rotonda del parque llamado Práter.

S. S. Pío X ha nombrado legado pontificio especial en este Congreso al cardenal Von Rossum, quien llegó a Viena el día 9 siendo objeto de un grandioso y entusiasta recibimiento. En la estación fué saludado por representantes del Emperador, del gobierno y del Congreso Eucarístico y por las autoridades y nu-

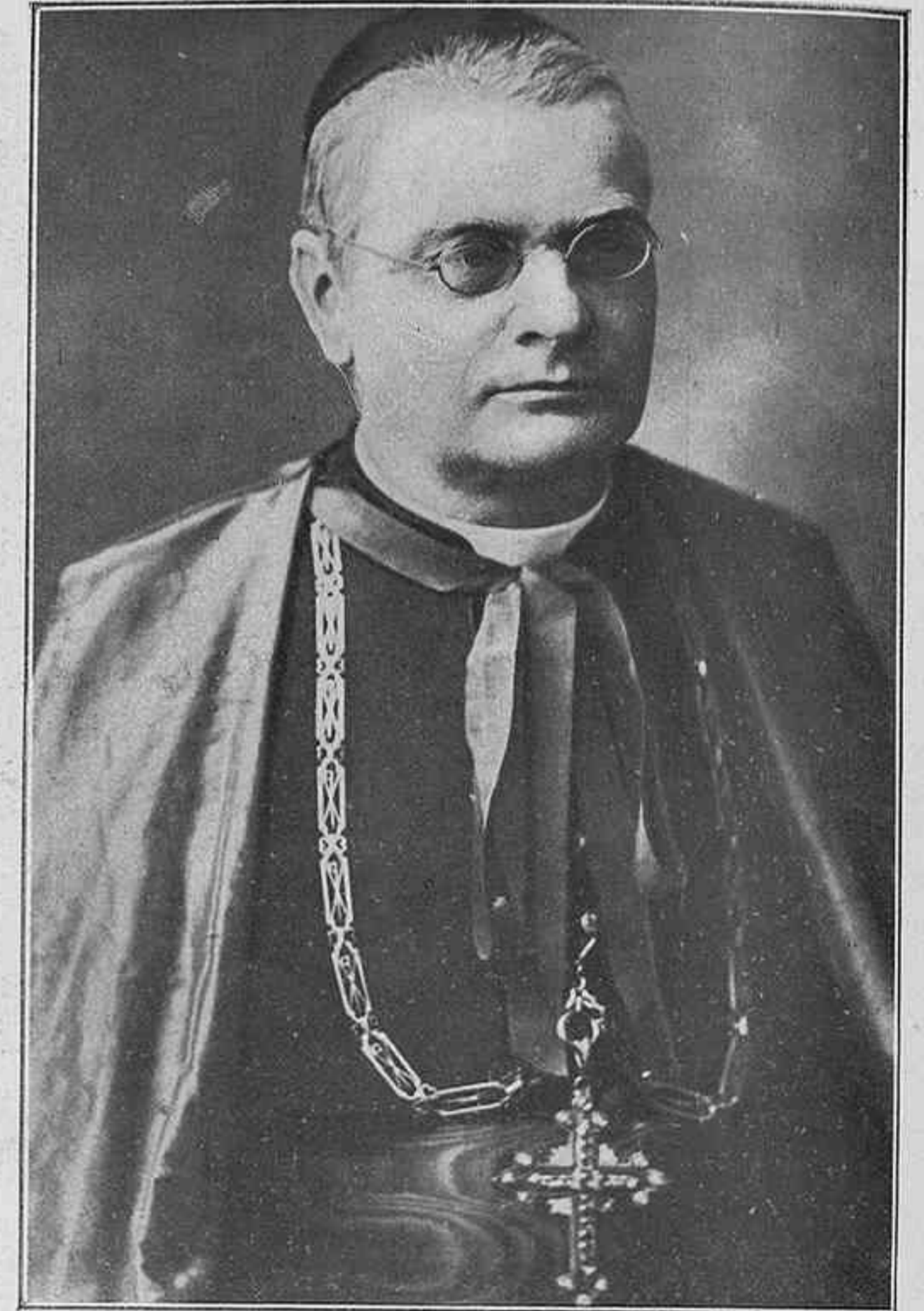
En la plaza de la Opera, dieron la bienvenida al legado pontificio el nuncio del Papa, el alcalde y el cardenal arzobispo de Viena, monseñor Nagl, y después, los tres prelados,



Málaga. Sesión literaria celebrada en el teatro de Cervantes en homenaje a los poetas malagueños Arturo Reyes, Ricardo León y Salvador Rueda.—La reina de la fiesta, señorita Isabel Cárcer, imponiendo la medalla de oro conmemorativa a A. Reyes. (Fot. López y García.)

bajo palio y procesionalmente se dirigieron a la catedral, desde donde monseñor Von Rossum encaminóse al Hofburg, pa-

Concluyó la velada con un discurso del Sr. Comenge y con oportunas frases del alcalde dando por terminado el acto.



El cardenal Von Rossum, legado pontificio en el Congreso Eucarístico Internacional de Viena. (De fotografía de Argus-Photo-Reportage.)

apostólico, en el que el Papa dice haber elegido como su representante al cardenal Von Rossum por sus singulares dotes de piedad, tributa grandes elogios al Emperador haciendo resaltar su fervor religioso, encomia la importancia del Congreso Eucarístico, señala la influencia que en la vida social ejerce la Eucaristía y termina enviando a los congresistas su bendición apostólica. Completaron aquella solemnisísima sesión los elocuentes discursos del Legado, de monseñor Nagl y de otros oradores.

MÁLAGA. — HOMENAJE A TRES POETAS

Como digno remate de los festejos recientemente celebrados en Málaga, efectuóse el día 5 de este mes en el Teatro de Cervantes una sesión literaria de homenaje a los tres inspira-

dos poetas malagueños Arturo Reyes, Ricardo León y Salvador Rueda. Estos dos últimos, por razones de salud, no pudieron asistir a la fiesta, que fué presidida por el alcalde Sr. Madolell y a la que concurrieron el gobernador civil Sr. Comenge, el general Santa Coloma, un representante del obispo, autoridades y elementos oficiales y un público que llenaba enteramente la sala y en el que abundaban las mujeres hermosas y elegantes.

El alcalde pronunció un breve y sentido discurso ensalzando los méritos de los festejados, y luego fué a buscar a la reina de la fiesta, la señorita Isabel Cárcer. La aparición de ésta y de su corte de amor, que componían las señoritas Creixell, Martín Gracián, Heredia, Blake, Mariscal, Orozco, Díaz Heredia, Rodríguez Spiteri, de la Cámara y Sans y Oro, todas bellas y lujosamente ataviadas, fué acogida con estruendosos aplausos.

Después de un discurso del Sr. García Sánchez y de la lectura de varias poesías de Sánchez Rodríguez, Díaz de Escobar, León y Rueda, Arturo Reyes recitó una hermosa composición dedicada a Málaga que fué acogida con una ovación indescriptible y terminada la cual la reina de la fiesta impuso al poeta la medalla de oro conmemorativa del homenaje.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Allí, en tierra mexicana, era un guía y un consejero...

Y lentamente para los aventureros aferrados a aquel matrimonio como a una presa, pero con terrible rapidez para la desventurada niña que a sí misma se había condenado, transcurrieron los quince días siguientes a aquella escena sin más incidentes que los previstos de antemano.

Al otro día del golpe de audacia de Tres Zarpas, transformado para las necesidades de la causa en agente de la Seguridad, firmóse el contrato de matrimonio; después vino la compra del ajuar de novia, que Rolanda había exigido que fuera muy modesto, con aprobación del vizconde.

—Tiene usted razón, había dicho éste; nada de boato, ni de lujo. Antes de lanzarse a los gastos hay que esperar a que Ludovico haya ganado algún dinero.

Y de esta manera, con el menor dispendio posible había salido de aquel paso indispensable.

Luego se buscaron los documentos necesarios para la celebración del matrimonio civil y religioso, entre los cuales figuraba el consentimiento oficial del comandante de Queyrel, aquel consentimiento, tan impacientemente, tan febrilmente esperado y que era ya lo único que retrasaba la celebración de la ceremonia. El viejo militar era insoportable; pedía explicaciones que había sido preciso darle, haciéndole comprender de una vez la urgencia del caso, los peligros que corría el honor de la muchacha seducida por Ludovico. Al fin había cedido y anunciado, con gran tristeza, que de un momento a otro llegaría el documento oficial. Sólo entonces De'lorme y Ludovico respiraron libremente.

En el entretanto el novio hacía la corte a Rolanda y cada día ofrecía a ésta un ramo que la joven le agradecía diciéndole invariablemente:

—¡Qué hermosas flores!

—Más hermosas aún las quisiera para que fuesen dignas de usted.

—Es usted muy galante.

—Si pudiese decirle cuánto la amo...

—Sí, son magníficas...

Y el ramo del día iba a reunirse en algún jarro de la chimenea o del piano con el de la víspera y el de la antevispera, cuyas flores comenzaban a marchitarse en sus tallos mustios.

Después reanudábase aquel coloquio, siempre ceremonioso que no llegaba ni llegaría nunca a la confianza y a la intimidad.

Aquellos coloquios teníanse las más de las veces en el cuarto de Manuela; porque la pobre señora continuaba en cama. El médico comprobaba diariamente una anemia profunda, extraña y se esforzaba por combatirla con tónicos, con hierro, con todo lo que se le ocurría; pero aquel estado de debilidad y de fiebre lenta y continua persistía a despecho de todas sus recetas, y en cuanto la enferma intentaba levantarse, sentía vértigos y era preciso volverla a aquella cama en que yacía desde hacía un mes.

Lo que el doctor no adivinaba y lo que la pobre mujer no podía confiarle; lo que ella apenas se confesaba a sí misma, era que la proximidad del matrimonio en que se decidiría para siempre de la suerte de Rolanda ponía en su corazón una opresión de ansiedad y en su cerebro un insomnio de espanto

que la mataban lenta, silenciosa, inexorablemente.

¿Qué había visto? ¿Qué había comprendido?

Rolanda nada le había confesado; la animosa joven era valiente hasta el heroísmo: ni una queja a su madre, ni una palabra, ni un suspiro que pudiera dar lugar a esta pregunta que no quería oír formulada: «¿Estás arrepentida?»

Únicamente cuando estaba sola en su cuartito, bien cerrado, daba rienda suelta a su dolor.

¡Pero había cambiado de un modo tal, eran ahora sus alegrías tan nerviosas, tan repentinas, tan extrañas!.. Cuando, olvidada de su papel, después de una carcajada que había sonado como campaneo fúnebre en los oídos de Manuela, ¡se ponía de pronto tan sombría, tan triste!.., su madre sentía miedo y este miedo convertíase en espanto. Pero nunca lograba hablar de ello como habla de estas cosas una madre con su hija, pues apenas lo intentaba, Rolanda mudaba de conversación.

Y, sin embargo, el corazón de Manuela no se engañaba; sentía el terror instintivo de un sacrificio, de una inmolación admirables, espantosos. Y esta incertidumbre, cada día más parecida a un convencimiento, era lo que hacía inútiles todas las pociones y todas las píldoras del doctor, que buscaba en el cuerpo de la pobre madre un mal que estaba sólo en su alma.

Al fin un día llegó Ludovico radiante de satisfacción.

—¡Ya ha llegado el consentimiento de mi padre!

Y como únicamente se esperaba este documento oficial, como todas las demás formalidades se habían

cumplido, se habían leído las amonestaciones y habían expirado todos los plazos legales, Ludovico, con su sonrisa más bella y más victoriosa, exclamó:

—Querida Rolanda. Mañana será la boda, ¿le parece a usted bien?

Y la heroica niña, dejando asomar a sus labios pálidos una sonrisa de virgen mártir,

—Sea, mañana, respondió.

CUARTA PARTE

¡POR EL AMOR!

I.—EL PASADO QUE HABLA

Más de un mes hacía que el Sr. Lecoutellier recorría el mundo en compañía de Cesáreo Honorat. Este, desde el primer momento, habíase mostrado el compañero atrevido, listo que no tarda en convertirse en auxiliar precioso y muy pronto en colaborador indispensable.

En la América del Norte, adonde le habían llevado las investigaciones científicas del doctor, porque éste viajaba con una misión oficial, en aquellos países desconocidos para él, Cesáreo habíase limitado al papel modesto de criado distinguido, incomparable para ocuparse en los mil pormenores del viaje y para organizar lo mejor posible instalaciones provisionales, casi confortables, en los sitios más desprovistos de confort y de recursos. Pero en cuanto desembarcaron en Veracruz, las funciones de Cesáreo habían adquirido una importancia mucho más capital. Allí, en tierra mexicana, era un guía y un consejero, cuyos consejos iban a ser solicitados a cada momento por el que se había propuesto a hacer al fin luz en la tenebrosa aventura de Río Frío.

Cuando llegaron al pueblo, cuando descabalaron en aquella plaza bañada por el sol, tuvieron la impresión de que en aquella aldea soñolienta, en la que sólo se veía alguna que otra cabeza de mujer curiosa asomada a una ventana, todas las cosas del pasado estaban borradas de las memorias. Al sumo, en el cementerio la estela de piedra levantada sobre la tumba de los tenientes de Aspémont y de Albigny indicaba el sitio en donde, algo detrás de sus oficiales, habían sido enterrados los muertos de la sangrienta jornada de Río Frío.

Y cuando, al bajar del caballo, entraron en la rudimentaria posada, en donde una mujer, al parecer vieja, de ojos negros y brillantes como carbones encendidos llamó a un muchacho que dormitaba en un rincón para que llevase a la cuadra las cabalgaduras de aquellos señores, Cesáreo dijo melancólicamente:

—Ya estamos, señor doctor... ¿Quién diría que en esa iglesia los cazadores de África, que éramos ciento cuarenta y con el párroco ciento cuarenta y uno, sostuvimos un sitio contra dos o tres mil furiosos que nos fusilaban a boca de jarro después de haber demolido nuestra fortaleza piedra por piedra!

—¿Estaba aquí ya entonces esta posada?

—Ciertamente; por esto le he traído a usted a ella. Sí, añadió paseando su mirada por la estancia; reconozco esta sala en donde nos servían un brebaje que se fabrica con cebada fermentada y que era espumoso y fresco... Nada ha variado; únicamente esa vieja, que entonces debía ser...

Mientras hablaba, miraba a aquella mujer.

—Por cierto, prosiguió, que entonces había aquí una muchacha preciosa a quien solíamos requebrar. Se llamaba..., ¿cómo diantre se llamaba?..

Y de pronto poniéndose a hablar en castellano, preguntó a la posadera:

—¿Cómo se llama usted?

—Asunción.

—¡Asunción! Esto es... ¡Es ella!.. ¿Qué ruina, señor doctor!, exclamó haciendo una mueca expresiva.

—Mi parabién, Sr. Honorat, dijo Claudio no pudiendo contener una sonrisa.

—¡Decir que hice el amor a ese paquete de arrugas apergamizadas!

Pero recobrando en seguida su buen humor, se dirigió a la vieja.

—Sí es verdad, Asunción; ya me parecía reconocerla... Usted, en cambio, no me recordará.

Y al ver que la mujer le miraba indecisa,

—El traje es distinto, añadió; y además llevaba yo entonces toda la barba, una barba preciosa de la que sólo queda este bigote... ¿No se acuerda usted, hace diez y siete años, de los cazadores de África?

—¿Los soldados franceses?

—Veo que va usted recordando.

—¡Ah, sí, los soldados de los gorros encarnados!, exclamó la vieja con una vaga sonrisa.

—¿Y no se acuerda usted ya del aquel cabo, el de los galones amarillos en las mangas, que iba a bus-

car agua con usted al pozo que hay detrás de la cuadra, el que un día le dió a usted un bolsillo con lentejuelas que tanto le agradaba, un bolsillo árabe, añadió dirigiéndose al doctor, en el que no había nada, por supuesto.

—¡Oh, el bolsillo!, exclamó sonrojándose.

Y animados sus ojos, brillantes y hermosos todavía, por un rayo de alegría, de juventud, añadió:

—¿Cómo! ¡Usted es!..

—Sí, soy el cabo Cesáreo.

—No le había reconocido, dijo la mujer moviendo la cabeza, porque se mantiene usted joven; usted, en cambio, no me ha reconocido en seguida, porque estoy hecha una vieja.

—¿Qué, no han ido bien los negocios desde que nosotros nos fuimos?

—No; la vida ha sido dura, pues la guerra perjudica lo mismo a los pobres que a los ricos. Nadie tenía dinero y nadie, por consiguiente, se divertía; así es que en mucho tiempo, nadie vino a comer ni a beber en esta casa.

—Pero después mejoraron las cosas.

—Algo sí.

—¿Y ahora?

—Ahora los señores que pasan, los muleteros, los viajeros se detienen aquí.

—¿Y la gente del país?

—El domingo, después de la misa...

—Esta gente sí que debe hablar de los sucesos de otro tiempo..., de la guerra, de la batalla en la iglesia...

—No mucho. ¡Hace tanto tiempo y han muerto tantos!..

—A propósito, ¿ha muerto D. Pablo Casteras?

—¿Se acuerda usted?.. No ha muerto pero está viejo y achacoso.

—¿Y su hija Manuela?

—No sé qué ha sido de ella; no ha vuelto nunca más.

—De modo que el viejo Casteras se ha quedado solo.

—Enteramente solo.

—A su edad y achacoso... ¡Pobre hombre!

—Si hubiese querido su casa estaría llena de gente, pero no quiso.

—¿Quién habría ido a hacerle compañía?

—Su pariente, el más próximo, no tratándose ya de Manuela; D. Miguel Arribio. ¿Le conoció usted?

—¿No es aquel con quien quería casar a su hija?

—Sí. D. Pablo le quería mucho y aun le quiere, y a su joven esposa le hizo magníficos regalos.

—¿Se casó D. Miguel?

—Y tiene hijos hermosos y ya grandes. Su esposa es una criatura excelente... Habían propuesto a D. Pablo ir a vivir con él, como era natural...

—¿Natural? ¿Por qué?

—Porque de ellos será un día u otro el patrimonio; así lo ha dispuesto el Sr. Casteras... Pero éste no quiso aceptar lo que D. Miguel le proponía.

—Temía por su tranquilidad...

—No fué por esto; lo que temía era ver aquellos niños... Hay una niña, sobre todo, que pronto cumplirá quince años... Le habría dado mucha pena porque le habría recordado a la otra.

—¿De modo que todavía se acuerda de la otra?

—A los hijos, que son carne de nuestra carne, no se los arroja fácilmente del corazón.

—De manera que si Manuela hubiese reaparecido por aquí tal vez la habría perdonado.

—Eso nunca, respondió la vieja con un ademán enérgico, D. Pablo no se vuelve atrás de lo que hizo.

—Sin embargo...

Y para dar una explicación satisfactoria a sus preguntas, añadió:

—Me agrada hablar de todas estas cosas de otros tiempos... Me parece que estoy en aquella época.

—Sí, por un momento se cree uno más joven.

—Es verdad... Pues como decía, parecíame que D. Pablo hubiera podido tener un buen impulso... Después de todo, antes que condenar, mejor habría hecho en poner claro el asunto, porque al fin y al cabo, no era muy clara la aventura de su hija... Yo estaba allí cuando ocurrió la escena en la plaza del atrio de la iglesia...

—¿Cuándo murió el oficial francés?

—Sí, en aquel momento, Manuela afirmaba que era su marido, no su amante...

—Ya sé, ya sé; aseguraba que el padre Padilla le había bendecido en la iglesia.

—Desgraciadamente el padre Padilla murió.

—Batiéndose al lado de ustedes.

—Era todo un hombre. Me parece estar viéndole aún.

—Era un santo; murió por defender la Virgen milagrosa.

—Y recuerdo que por más que se buscó no se

encontró en el registro la inscripción de aquel matrimonio.

—Nada... ¡Pero, qué bien recuerda usted todas estas cosas!

—Queríamos mucho a nuestro pobre oficial, y como hemos hablado de él a menudo, por fuerza habíamos de recordar esas antiguas historias.

—Pero hay una cosa que usted ignora, porque hasta mucho después que se fueron ustedes no se supo.

—¿Cuál?

—Que en aquel registro parroquial tampoco se encontró la inscripción de otro matrimonio que se había celebrado públicamente.

—¿Qué matrimonio?

—El de un hombre de este pueblo que necesitó sacar un certificado por asuntos de familia.

—¿Y que había firmado en el registro?

—Habían firmado él, su esposa, los testigos y el párroco; y todo el mundo lo había visto.

—¿Y después no se encontró nada?

—Nada.

—¿Qué extraño!

—Y cuando el nuevo párroco, el que sucedió al padre Padilla, examinó tranquilamente el registro...

—¿Descubrió algo?

—Como descubrir, nada descubrió, pero vió que del registro había sido arrancada una página.

—¡Ah!

—Una página en la que estaba inscrito seguramente lo que aquel hombre no encontraba, porque al final de la página anterior había el acta matrimonial de otro individuo que se había casado precisamente el día antes que él, como todo el mundo recordaba.

—¿Y qué más?

—Entonces se dijo..., se supo..., no puedo decir a punto fijo cómo, pero en fin, corrió el rumor de que Manuela afirmaba haberse casado también en aquella época con el oficial francés y ante el padre Padilla.

—De modo que en aquella página arrancada...

—Debía estar inscrito también el matrimonio de Manuela..., si es que realmente se celebró.

Cesáreo miró al doctor, que escuchaba silencioso, y le preguntó en francés:

—¿Ha entendido usted lo que esa mujer acaba de contarme?

—Mal, pero algo he comprendido.

—Pues sepa usted que es muy interesante. Será menester hacer una visita al sucesor del padre Padilla.

Y dirigiéndose nuevamente a Asunción, prosiguió:

—Ese párroco ha sido más perspicaz que la otra gente. ¿Continúa todavía en el pueblo?

—Sí, es muy instruido y habla muy bien.

—¿Cómo se llama?

—El padre Olivares.

—Apunte usted este nombre, señor doctor, murmuró Cesáreo a Claudio.

—Y usted, dijo éste en el mismo tono, pregunte a esa mujer si viven todavía Concha y Juan Gutiérrez.

La mexicana había oído distintamente estos nombres que le eran familiares.

—Su amigo, que sólo habla francés, ¿era también soldado de los de aquí en aquel entonces?, preguntó.

—¿Por qué?, dijo prudentemente Cesáreo.

—Como habla de Concha y de Juan...

—¡Ah! ¿Nos ha oído usted?, replicó Cesáreo sin desconcertarse. Pues bien, sí, era un camarada de los de aquí, pero no tuvo como yo una linda Asunción que le enseñara la lengua del país... Y se acuerda perfectamente de la anciana que se llevó a la pobre criatura o que más bien la hizo llevar porque estaba como muerta.

—Sí, la Concha.

—La nodriza, ¿no es verdad?

—Pues la Concha continúa en casa de D. Pablo.

—¿Y su marido?

—Juan también; están muy viejos y no trabajan y el amo los conserva por caridad. D. Pablo es duro, pero justo y a los que le han dado el trabajo de toda su vida él les asegura el pan y el descanso de sus últimos días. Juan y Concha son dichosos como yo no lo seré nunca, porque tendré que trabajar hasta que la muerte me libre de la sed, del hambre y de la fatiga.

Cesáreo hizo un ademán compasivo y desvió la conversación.

—Ya que hablamos de estas cosas, dígame usted dónde vive el primo, el Sr. Arribio.

—Muy cerca de aquí; allá abajo, dijo señalando con el dedo, al pie de la montaña, en aquella casa del tejado encarnado.

—No está tan cerca, que digamos.

—Con sus caballos, en menos de una hora llegan ustedes, el camino es bueno... Pero me figuro, aña-

dió con curiosidad, que no han venido ustedes a ver a D. Miguel.

Y llamándole como en otro tiempo, le preguntó:

—¿A qué han venido ustedes, Sr. Cesáreo?

—Para ver de nuevo estos lugares en donde estuvimos a punto de morir como tantos otros compañeros. Nuestros negocios mercantiles nos han traído a México y nos hemos desviado algo de nuestra ruta..., pensando en que podría usted darnos de almorzar.

—Prepararé todo lo que ustedes quieran, con tal que no sean muy exigentes porque aquí...

—¡Bah! Bien tendrá usted una gallina, a la que agregará lo que usted quiera.

—Todo lo que tengo, Sr. Cesáreo.

—No pido más. ¿Cuánto tiempo necesitará para guisarnos eso?

—Menos de una hora.

—Pues mientras tanto vamos a visitar el sitio en donde yacen nuestros compañeros.

—¿Irán después a la iglesia?

—Por supuesto... ¿Está abierta ahora?

—No, pero si quieren ustedes que vaya a pedir la llave al padre Olivares...

—Ya se la pediremos nosotros. Así nos pasearemos, ¿verdad señor doctor?, dijo guiñándole el ojo.

—Seguramente, respondió Claudio.

—Además, estoy cierto de que a ese buen cura le complacerá un rato de conversación con personas que le darán noticias de la capital.

Y dirigiéndose de nuevo a Asunción, le preguntó:

—No deben ver por aquí muchas caras nuevas...

—¡Ah, no!, contestó la vieja suspirando.

—Comprendo su suspiro... Con tal que el cura esté en su casa...

—De seguro; es medio día y debe de estar durmiendo la siesta.

—Le disgustará quizás que le despertemos.

—Al contrario, celebrará ver a unos franceses.

—¿Por qué?

—Porque podrá hablar con ustedes en francés, que conoce perfectamente... Es un sabio... Y siempre que se le presenta ocasión...

—La aprovecha... Entonces vamos allá... Hasta luego, querida Asunción.

—Dentro de una hora el almuerzo estará dispuesto. Salieron de la humilde posada y se dirigieron a la rectoría que estaba pared por medio de la iglesia.

—Ya ve usted, dijo Cesáreo al doctor; en un cuarto de hora, esa vieja, que ha sido una linda muchacha... ¡Señor, lo que somos!..., nos ha enterado de cosas que la señora de Aspremont ni siquiera sospecha... Bien le dije a usted que este asunto debía aclararse aquí, sólo aquí.

—Vamos, pues, a proseguir la información.

—¿En casa del párroco?

—Estamos ya en ella.

—Pues ahora, es usted quien ha de llevar la palabra para que el padre Olivares tome su lección de francés.

—Corriente, respondió Claudio, cuya mano, al levantar la aldaba de la maciza puerta, temblaba..., de emoción seguramente, pero acaso también de esperanza.

Al presentarse al padre Olivares, los dos viajeros habíanse encontrado con un sacerdote de modales un tanto ceremoniosos, pero que les acogió cordialmente y que, curioso de lo que fuera del pueblo pasaba, había oído hablar del Dr. Lecoutellier y de su llegada, anunciada pomposamente por los periódicos de México.

Así es que apenas Claudio hubo dado su nombre, el padre Olivares exclamó:

—Es un insigne honor recibir en mi pobre vivienda a un príncipe de la ciencia como usted... Disponga de mí, señor profesor, como del más humilde y leal de sus admiradores.

Después de un cambio de cumplidos, pudo el doctor abordar el objeto de su visita y desde las primeras palabras habló del registro. Por lo demás, el padre Olivares se acordaba perfectamente de la aventura que daba tanto que decir aún cuando él llegó a Río Frío. Y de todo ello platicaban ahora amigablemente, en francés, por supuesto, pues el párroco sentíase orgulloso y feliz de hacer gala de sus conocimientos de aquella lengua.

En la mesa de la amplia estancia blanqueada con cal que era, a la vez, dormitorio y sala de recibo del padre, estaba el famoso registro, traído por la vieja india que, con su marido, constituía todo el personal de la iglesia, ella como criada, costurera y lavandera, y él como campanero y sacristán. Y Claudio podía al fin comprobar por sí mismo que el relato de Asunción era de todo punto exacto. Tenía ante sus ojos aquel desgarrón cuyo aspecto denotaba en el que lo hiciera una precipitación, casi un terror, denuncia-

dos por todas las desigualdades, por todos los dientes de la estrecha matriz que había quedado allí como testimonio y también como comprobación. La estrecha tira de papel, en su parte inferior, se ensanchaba bruscamente, como si en el momento de cometer su delito el malhechor hubiese levantado la mano demasiado de prisa, haciendo que el desgarrón resultase oblicuo y dejando allí un fragmento de papel bastante grande para que se viese en él una letra mayúscula casi entera. Aquella letra era sin duda la inicial de una firma porque más abajo se veía también el extremo de un rasgo que debió ser el final de una rúbrica; y era indudablemente una R trazada con mano firme, aunque no tanto como la que había escrito debajo aquella raya recta, gruesa, resuelta...

—Señor doctor, exclamó con acento tembloroso de emoción Cesáreo; ésta era la rúbrica de mi pobre teniente y esa letra la primera de su firma: «Rolando de Aspremont».

—Supone usted...

—No supongo; reconozco lo que veinte..., cien de mis compañeros reconocerían como yo, lo que durante muchos años hemos visto todos los días en los libros del escuadrón, en las licencias, en todas partes.

—Y esta firma, murmuró Claudio pensativo, estaba en la parte inferior del registro; de modo que en la superior había la inscripción de esa otra boda que no ha podido encontrarse y debajo de la cual había quedado bastante espacio libre para inscribir el acta que en vano han buscado los parientes de la señora de Aspremont...

—Así procedía siempre mi venerado antecesor, dijo el padre Olivares; véalo usted. En cada página de su registro inscribía dos matrimonios.

Y quizás para demostrar al sabio profesor que poseía otros conocimientos, añadió:

—Si usted quiere..., tengo un aparato fotográfico, muy mediano, pero suficiente para sacar una pequeña prueba de ese desgarrón y de esos fragmentos de firma que tanto parecen interesarle.

—Me haría usted un señalado favor, porque de esta manera podría yo añadir el testimonio del muerto al testimonio viviente que vengo a buscar aquí; porque si bien uno de los que firmaron como testigos en este registro, el teniente de Albigny, descansa en el cementerio al lado de su amigo de Aspremont, hay uno que no ha muerto.

—¿Le conoce usted?

—Sí su nombre y acabo de saber que aun vive.

—¿Es, pues, alguien de aquí?

—Sí.

—¿Y no ha hablado nunca? ¿Ha dejado que se realizase y perpetuase la obra de la injusticia?

—Cuando diré a usted quién es, comprenderá usted que haya guardado silencio.

—Cuando el silencio ha de causar males irreparables nada puede excusarlo.

—A menos que ese hombre no estuviera convencido de que su testimonio no sería de ninguna utilidad a esa pobre señora agobiada por todas las calamidades a un tiempo, y de que, en cambio, le pondría a él en una situación terrible... La misma señora de Aspremont, a quien aquí llaman todavía Manuela Casteras, suplicó a ese hombre que no se diese a conocer.

—¡Oh!

—El asombro de usted cesará en cuanto le diga que ese hombre, cuyo nombre ruego a usted que mantenga secreto por ahora, es el marido del ama de la señora de Aspremont.

—¿El viejo Gutiérrez?

—Sí, el que en aquella ocasión habría afrontado la cólera de su amo únicamente para que éste le maltratase y le echase de su casa, sin que, ni aun a costa de esto, su testimonio, absolutamente solo, pudiera ser de la menor utilidad para Manuela; su cariño, su lealtad a ésta eran tan grandes, que podía creerse capaz de todo, hasta de una mentira, para favorecerla.

—Sí, comprendo..., comprendo...

—La señora de Aspremont esperaba que llegaría un momento, que quizás ha llegado ya, en que aquel testimonio, unido a otras pruebas, adquiriría todo su valor... Por esto ha querido que Gutiérrez guardase silencio, que nadie sospechase la intervención que había tenido en su matrimonio, y que un día pudiera encontrarse en un rincón de aquella casa en donde conservaría una plaza modesta... Y ahora, señor cura, he de pedir a usted otro favor muy grande...

—Todo cuanto de mí dependa lo haré gustoso para complacer a usted.

—Y sobre todo porque la verdad respaldada, ¿no es esto?

—Ciertamente. Disponga usted.

—Quisiera hablar con Juan y con Concha.

—¿No más que esto?

—Pero quisiera hablarles sin llamar la atención. —Ya; sin que de ello se haga conversación en el pueblo.

—Y pensaba que...

—Si la entrevista se efectuaba aquí...

—Me ha comprendido usted.

—Y comprendo, además, que para hacerles venir a la rectoría se necesita un pretexto... Espere usted...

Llamó al marido de su criada y le dijo:

—Oye Hernández; Juan Gutiérrez y su mujer Concha..., ya sabes, los viejos de casa D. Pablo...

—Sí, padre, ya sé.

—No han nacido en Río Frío, ¿no es verdad?

—No, padre.

—Ya me lo parecía; proceden de la Cordillera...

—Sí, padre, de San Carlos.

—Justo. Ya ve usted, señor profesor, que no me equivocaba; esas dos personas darán a usted todos los informes que me pide sobre aquella región. Pues bien, Hernández, ve a decirles que necesito hablar con los dos y en seguida. ¿Sabes dónde podrás encontrarlos?

—Sí, padre; no se alejan mucho. Gutiérrez tiene dolor en las piernas y Concha apenas ve.

—Pues anda a buscarlos.

Poco después regresó Hernández seguido de Juan y Concha, que andaban renqueando.

Retiróse después el campanero sacristán y cuando quedaron bien cerradas las puertas de aquella sala, Concha, a quien Juan cedía de buen grado la palabra, preguntó:

—¿Nos necesita usted, padre?

—Yo no; este caballero francés desea hablarlos.

—Así nos lo ha dicho Hernández... Para dar al señor algunas noticias sobre los caminos de la parte de San Carlos... Mucho tiempo hace que no hemos ido por allá; pero, en fin, hay cosas que no se olvidan nunca...

—Este caballero desea unas noticias, es verdad, mas no se trata de San Carlos.

Y como la vieja india mirase al cura con grande asombro, reflejado en el parpadeo de sus ojos enfermos, el padre Olivares añadió:

—Se trata de otra cosa; de una cosa antigua también y que tampoco habréis olvidado.

Y haciendo amablemente de intérprete entre el doctor, que no hablaba bastante el castellano, y aquellos viejos, que sólo conocían la lengua del país, prosiguió:

—Se trata de la que fué vuestra ama, de la hija de D. Pablo.

—¿Mi... mi niña..., mi pobre niña!, exclamó la pobre vieja arrasados en lágrimas los ojos. ¡Mi niña! ¡Ah, señor! ¿Vive todavía? Diga, diga usted...

—Vive, sí.

—¿Que la Virgen les bendiga a todos! ¿Y está bien?

—Sí, pero no siempre ha sido dichosa.

—¿Pobre niña!

—Pero, en fin, hace tiempo que los malos días pasaron.

—¿Y continúa en Francia?

—Sí, en París.

—¿Cómo debe haber cambiado!, exclamó Concha moviendo la cabeza y mirando a su marido.

—Nada de esto, respondió Claudio por mediación del cura. Cuando va con su hija, diríase que son dos hermanas.

—¿Con su hija, Juan!... ¡Tiene una hija!.. Una hija tan hermosa como ella..., y grande, porque, ¡hace tanto tiempo!..

—Diez y siete años, murmuró Gutiérrez.

—Y ha llegado el momento, añadió Claudio, en que necesita que los que asistieron a su boda aporten el testimonio que hasta ahora no les había pedido.

El mestizo palideció; conservaba como en otro tiempo el terror al amo..., al amo que no perdonaría y que con su gesto inflexible les señalaría la puerta de su casa abierta de par en par, como un día la señalara a su hija.

—Pero la vieja Concha no titubeó.

—Ya sabía la niña, cuando nos ha enviado a ese caballero francés, que diríamos cuanto supiéramos... Juan y yo estamos dispuestos a decirlo todo.

—¿Qué día se celebró el matrimonio?

—Qué noche, más bien. No puedo equivocarme; fué la noche misma del día en que se casó López el mulero, y los cirios que sirvieron para la boda de éste sirvieron para la hija de D. Pablo.

—López, dijo el cura, es el sujeto cuya inscripción falta también en el registro... Ya ve usted, es lo que suponemos.

—¿Quiénes asistieron a la boda?

—Un oficial francés y Juan, mi marido, que firmaron con los novios y el padre en el registro de la iglesia, y yo, que rezaba en un rincón.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES CATALANAS.—FIESTA DE SOMATENES EN LA BARRIADA DE LA SALUD (BARCELONA).—HOMENAJE A MARAGALL EN CALDETAS

La barriada de la Salud, una de las más pintorescas de los alrededores de nuestra capital, ha solemnizado, en los días 8 a 11 de este mes, la fiesta de su Patrona, Nuestra Señora de la Salud, con animados festejos, entre los cuales ha sobresalido la bendición de la bandera del somatén del distrito, regalo del cabo del mismo D. Jenaro Castells.

Al acto asistieron el capitán general Sr. Weyler, el gobernador militar Makenna, el general inspector de somatenes Sr. Gómez, un representante del gobernador civil, el presidente de la Audiencia, el canónigo Dr. Gassía y el concejal Sr. Pañella representantes respectivamente del obispo y del alcalde, el señor vizconde de Güell, padrino, en representación de su padre el señor conde de Güell, de la bandera que iba a bendecirse, y otras muchas y distinguidas personalidades. Concurrieron también, con sus banderas y banderines, los somate-

matén del llano de Barcelona, y en el de la Epístola, el capitán general Sr. Weyler, con los otros dos generales citados, el vizconde de Güell, las demás

Martí, donde el general Weyler revistió a los somatenes.

El acaudalado financiero barcelonés y rico propietario de Caldetas D. Marcelino Coll, ha querido perpetuar en aquella risueña población de nuestra costa levantina la memoria del que fué su amigo, el ilustre poeta Maragall, que durante catorce años veraneó en aquella playa. Al efecto se propone levantar un monumento, que ha encomendado al eximio Llimona y que se alzaré en el bosque llamado de Taltabull, hoy propiedad suya, en donde el inmortal autor de *La vaca cega* escribió muchas de sus composiciones.

La ceremonia de la colocación de la primera piedra efectuóse el día 10 de este mes y a ella asistieron, además de las autoridades locales, el Rdo. doctor Vallés, delegado del obispo de Barcelona, el vicepresidente de la Dipu-



Fiesta de somatenes en la barriada de la Salud.—Traslación de la imagen de Nuestra Señora de Montserrat al Parque de la Salud
Misa celebrada en el Parque de la Salud.—El general Weyler revistando los somatenes

nes de San Gervasio, Pedralbes, Sarriá, Las Corts, Sans, Hostafranchs y San Andrés.

Todos los somatenes, en número de 1.500 hombres, las autoridades y los invitados reuniéronse delante de la Torre Martí y desde allí se encaminaron al Parque de la Salud para oír misa, que se celebró en un espacioso entoldado.

Poco antes de las diez efectuóse el traslado de la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de los somatenes, desde la citada Torre Martín, en donde se venera, hasta el Parque.

A las diez y media comenzó el santo sacrificio de la misa, hallándose en el estrado, al lado del Evangelio, el delegado del obispo, el regente de San Juan y los cabos y subcabos de todos los distritos del so-

autoridades y la bandera que debía bendecirse.

Concluida la misa, el Dr. Gassía procedió a la bendición de la bandera que sostenía el vizconde de Güell, quien después la entregó al representante del Rey, general Weyler. Éste dirigió entonces la palabra a los somatenes, ponderando el acto que acababa de realizarse, glosando el lema de la institución, «*Pau, pau y sempre pau*» (Paz, paz y siempre paz), y exhortándolos a que fuesen fieles a sus deberes haciendo honor a su gloriosa historia. Terminó con vivas a España, a Cataluña, al Rey y al somatén, que fueron contestados con entusiasmo.

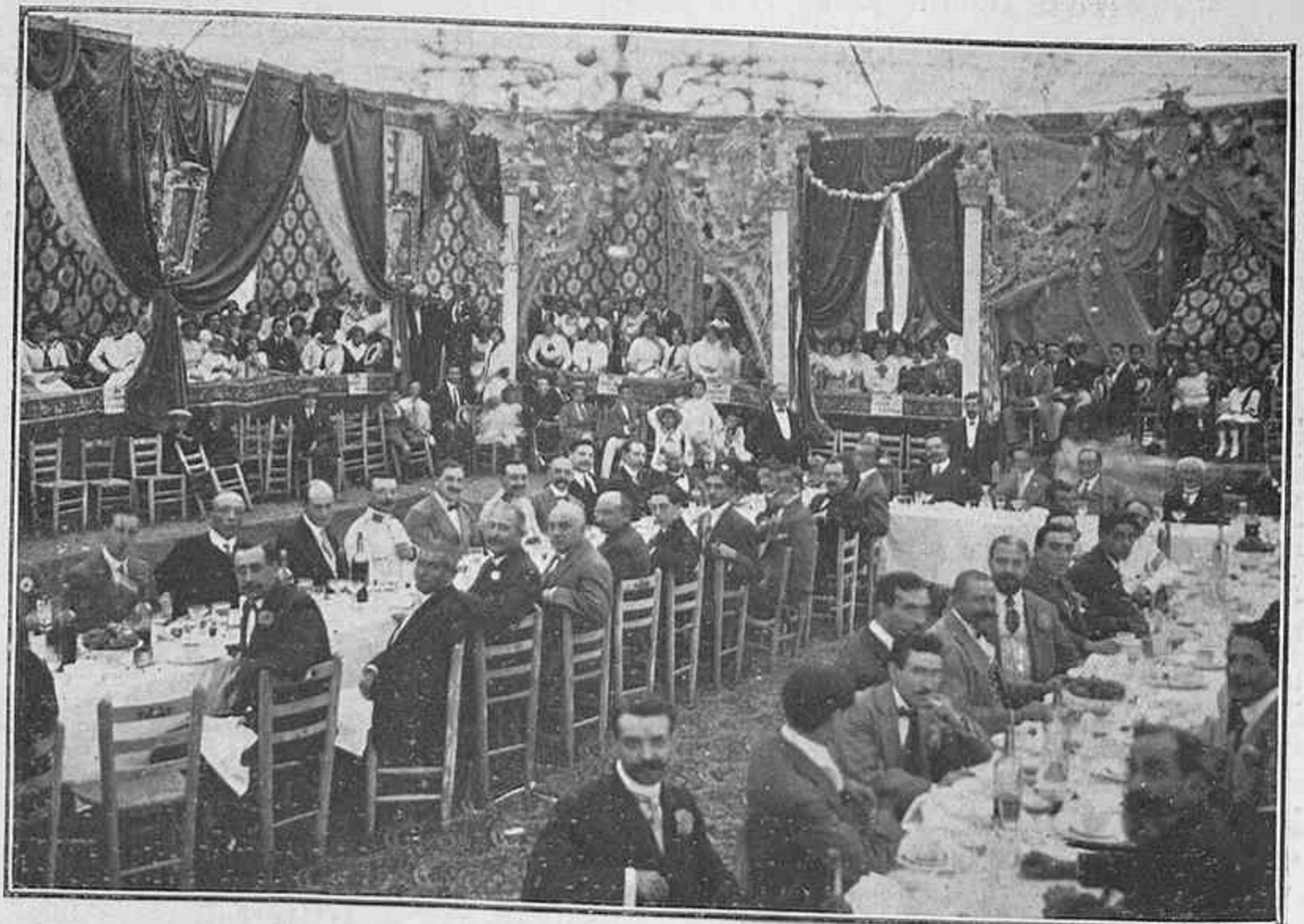
Después todos los somatenes desfilaron ante la bandera y se organizó de nuevo la procesión para devolver la imagen de Nuestra Señora a la Torre

tación provincial Sr. Bartrina, los hijos de Maragall y toda la colonia y la población de Caldetas.

La comitiva, organizada en las Casas Consistoriales y presidida por el alcalde Sr. Tió, dirigióse al sitio en donde ha de erigirse el monumento. El doctor Vallés y el Sr. Soler y Sojo pronunciaron sentidos discursos, y después el primero procedió a la bendición de la primera piedra; un hijo de Maragall echó la primera argamasa con una rica paleta de plata cincelada, que el Sr. Coll regaló luego a la viuda del vate inolvidable.

Por la noche, celebróse un banquete de 150 cubiertos, a cuyo final brindaron el alcalde y los señores Vidal, Enseñat, Segalá, Dalmases y Bosch.—D.

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Caldetas. Homenaje a Maragall.—Colocación de la primera piedra del monumento que, costado por D. Marcelino Coll, ha de erigirse al eximio poeta.—Banquete presidido por el alcalde de Caldetas Sr. Tió

MÁLAGA. LOS FESTEJOS DE AGOSTO.—EL COSO IRIS. (Fotografías de López y García.)

Entre los tradicionales festejos celebrados en Málaga durante los últimos días del mes pasado y los primeros del presente, ha sobresalido el «Coso Iris» efectuado en el Parque, que desde mucho antes de la hora anunciada para la fiesta hallábase totalmente ocupado. También estaba muy animado el paseo de coches, tanto que hubo necesidad de formar seis filas de carruajes para que pudieran pasear.

A las seis llegaron las carrozas, precedidas por un piquete de la Guardia Civil a caballo y que desfilaron por el orden siguiente:

Carroza de la Junta de festejos de Santiago.—Un precioso jarrón japonés, dentro del cual iban cuatro lindas jóvenes vestidas de japonesas.

Carroza de la Asociación de Dependientes de Comercio.—De estilo Luis XV; en la parte anterior, dos angelitos sostenían el escudo de la Asociación; en la posterior, una figura de tamaño natural representando al dios Mercurio.

Carroza del Círculo de la Peña.—Una hermosa cesta con flores y palomas,

trasera, un tritón; en el interior, varias bellas señoritas sentadas en una gradería.

Carroza de los Criadores o Exportadores de vinos.—Una nave helénica con el dios Baco y al pie de éste barriles de vino. A esta carroza le fué concedido un premio.

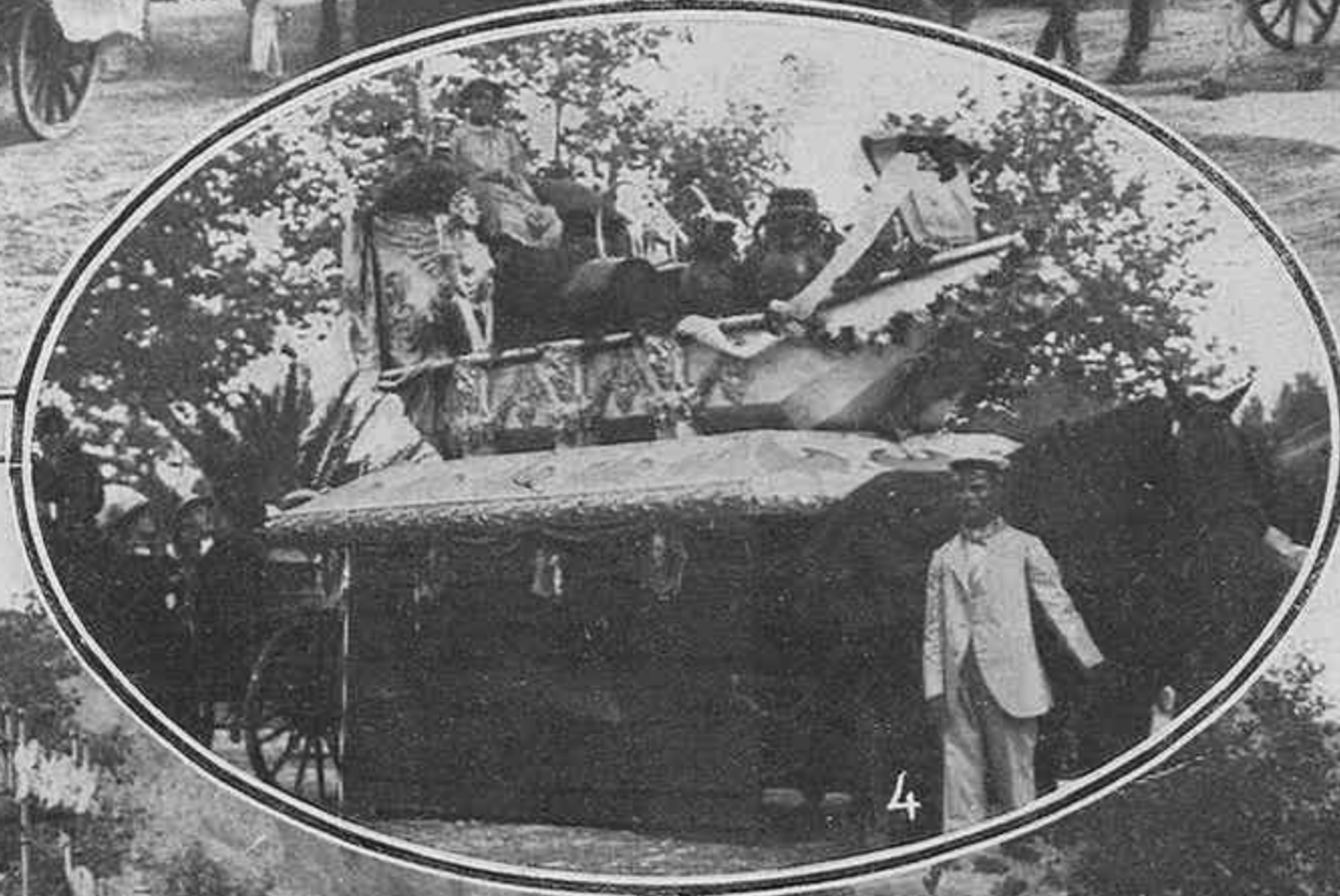
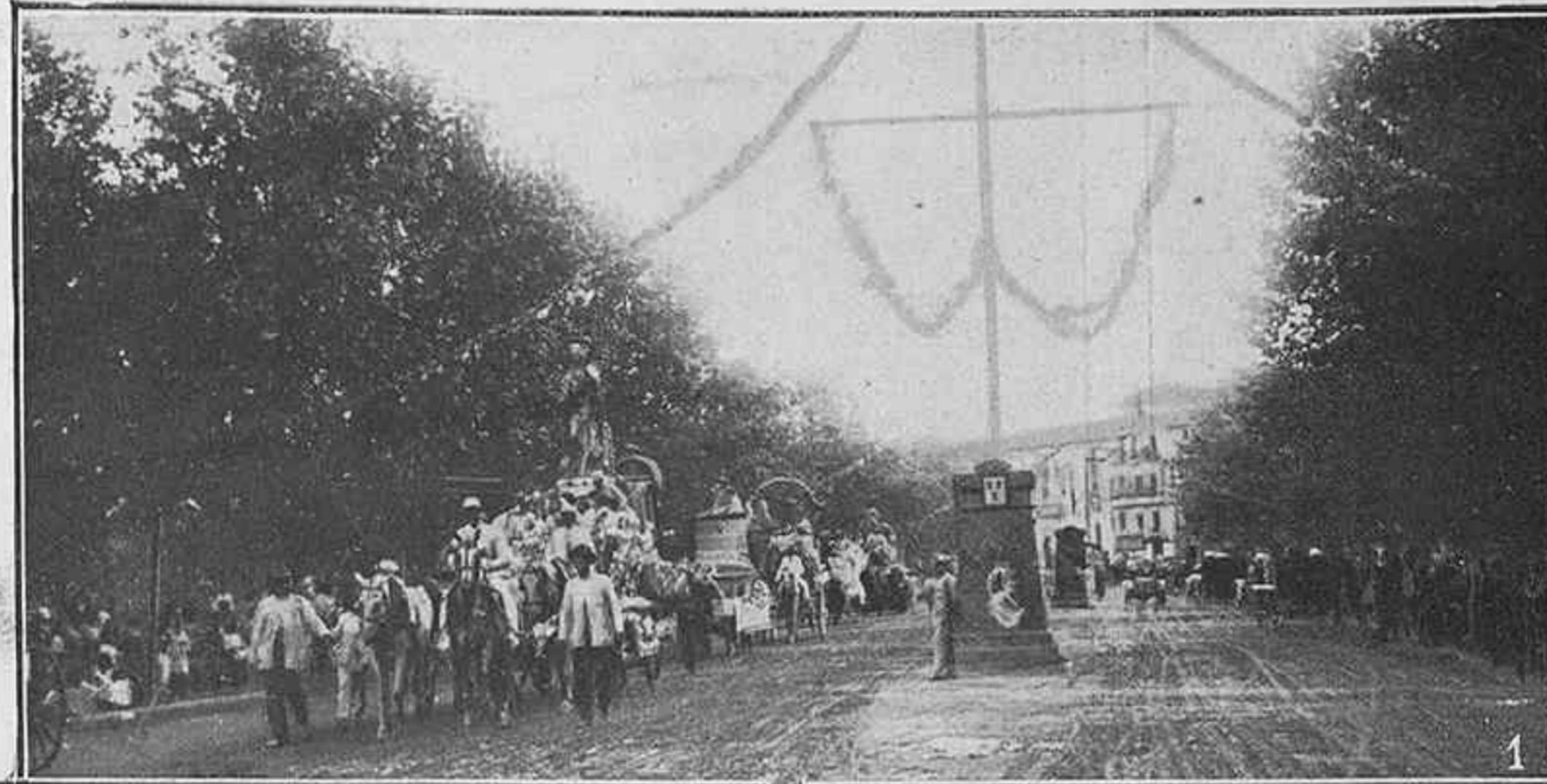
Carroza del Círculo Mercantil.—Un camello descansando; a los lados, sendas castillas; como carga, un reloj.

Carroza del Ayuntamiento.—Estilo Luis XV; en la parte delantera, dos leones sujetando el escudo de Málaga; en la trasera, un trono con dos pavos reales a los lados.

Carroza del Ayuntamiento.—Una carretilla de transporte tirada por dos flamencos; en la parte posterior, una figura decorativa hecha de siemprevivas.

También figuró en el Coso, llamando mucho la atención, un automóvil de D. Francisco Alvarez Net, convertido en barca y cubierto enteramente de flores.

El desfile por la calle de Larios y por la



1. Aspecto del Parque Larios durante el desfile de las carrozas.—2. Carroza del Círculo de Pasivos.—3. Carroza del Círculo de la Peña 4. Carroza de los Criadores o Exportadores de vino.—5. Carroza del Ayuntamiento.—6. Carroza de los Dependientes de Comercio

Carroza de la Asociación de la Prensa.—Una escribanía colosal con dos tinteros.

Carroza del Círculo de Pasivos.—Una gran concha tirada por dos gigantescos cisnes guiados por angelitos; en la parte

Alameda Principal, que terminó muy entrada ya la noche, resultó brillantísimo.—T.



VINO y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES
Consta de 16 tomos con grabados intercalados y numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsimiles, etc. Se vende a 320 pesetas el ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

Reino de Sajonia.

Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holzt.

Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaría.

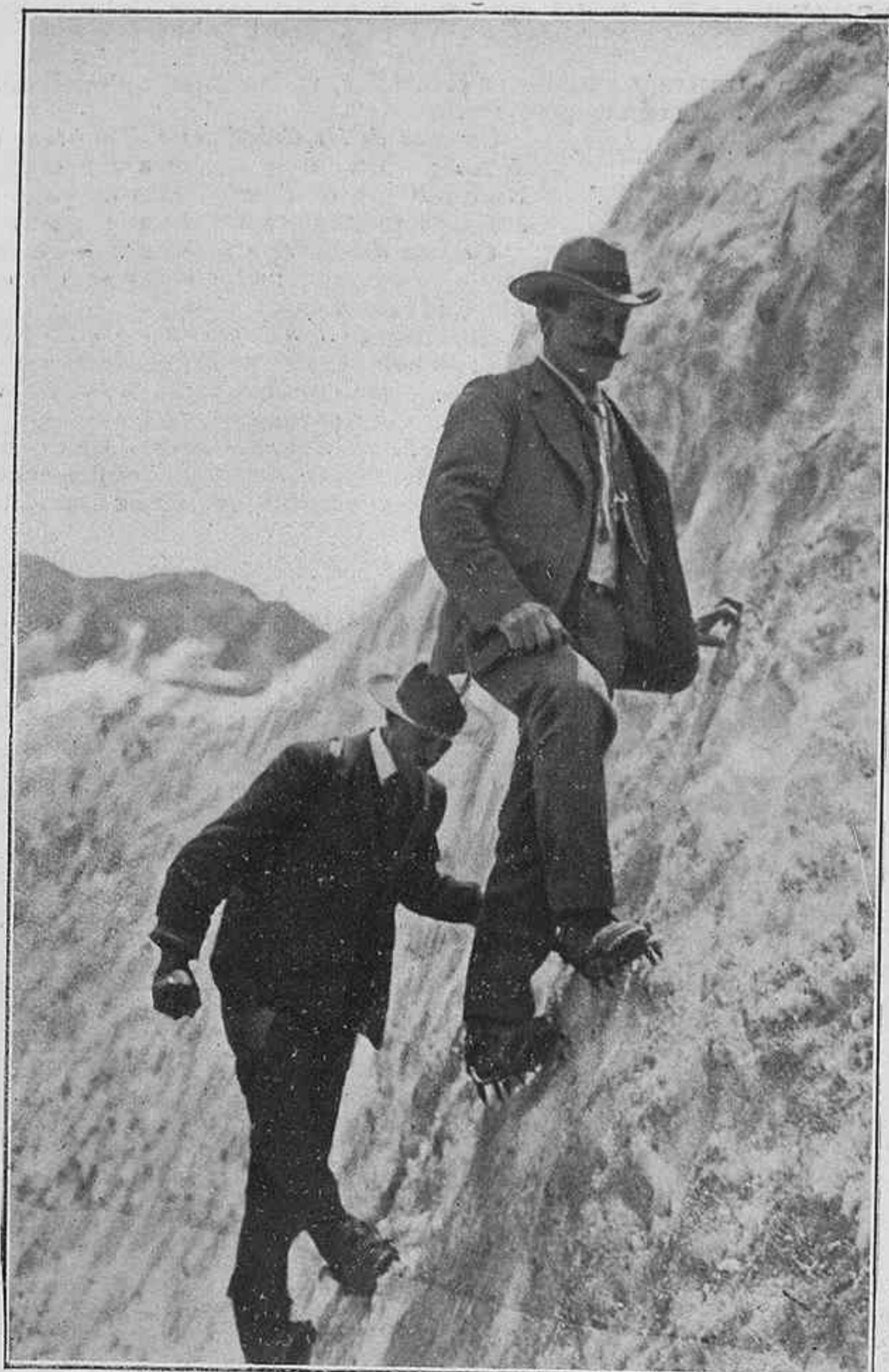
DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA.—Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.—Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

UN CONCURSO ORIGINAL ENTRE GUÍAS ALPINOS

(Fotografías de Carlos Trampus.)



Escalamiento de un muro de hielo por guías calzados con garfios especiales.—Guías manteniéndose en pie en un muro de hielo y tirando hacia sí un saco de piedras de sesenta kilogramos de peso

Hace pocos días, se ha efectuado en el ventisquero del Brenva, en la vertiente meridional del Mont Blanc, un original concurso entre los guías y silletteros de Courmayeur organizado por el ingeniero O. Eckestein, el conocido alpinista inglés, un concurso de *crampaneurs*, es decir, de guías que escalan las montañas de hielo calzados con unos garfios que se sujetan a los zapatos por medio de unas correas fuertemente atadas.

Hay garfios de éstos de diferentes clases, más o menos articulados, pero todos ellos constituidos por aceradas puntas de hierro; y el modo de servirse de los mismos no se aprende sino después de una larga práctica y aun bajo la vigilancia de un técnico experimentado.

Mr. Eckestein, después de haber hecho fabricar por un herrero de la localidad un par de estos aparatos tipo, ha incitado a los guías a ejercitarse con ellos siguiendo los consejos de

un maestro a quien él ha instruido durante mucho tiempo; y a fin de estimularlos organizó el concurso a que nos hemos referido, ofreciendo importantes premios a los vencedores.

El concurso comprendía tres pruebas: primera, marcha ascendente y descendente por un muro de hielo de 50 a 60 grados; la segunda, tenía por objeto demostrar la estabilidad y la resistencia del guía, el cual, situado en un muro de hielo, debía tirar hacia sí un saco de piedras de 60 kilogramos de peso; la tercera, consistía en hacer, sin ayuda de nadie, la travesía, ida y vuelta, de una pared de 50 a 70 grados de inclinación.

En el concurso tomaron parte 25 guías, habiendo ganado el primer premio Alfonso Chenozet y Cipriano Rey; el segundo, Enrique Rey y José Brocherel; y el tercero, Alejo Brocherel, José Croux, Ernesto Bareux y Alejo Croux.



Máquina de calcular

BRUNSVIGA

Hace toda clase de operaciones aritméticas * Pidase catálogo

GUILLERMO TRÚNIGER & C.º * BALMES, 7 * BARCELONA

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS REYES

JORET HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F.^{ca} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL

DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

para ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

Paris 2, St-Denis, 16

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER.—Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela.—Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN